

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 935.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

## SUMARIO.

**Defensa de Paris:** Los globos; grabado. — **Doña Sibila Forcia,** episodio de los anales de Aragon. — **Poesias.** — El taller de fabricacion de cureñas en la estacion del ferrocarril de Lyon; grabado. — **Los hijos de Carlomagno.** — **Sitio de Paris:** El reducto prusiano de Brimborion; grabado. — **Revista de Paris.** — **Tan solo un sueño.** — El general Vinoy; grabado. — El parque de artilleria de la Escuela militar; grabado. — **Las lineas prusianas de Montmorency a Maisons-Laffitte;** grabado. — **Escenas de la vida inglesa.** — **Cuadros de la guerra:** Aspecto del camino de Mouzon despues de la batalla; grabado. — **Las bombas de fuerza centrifuga;** grabados. — **De Villahermosa a la China.** — **Piano del bosque de Vincennes;** grabado.

## Defensa de Paris.

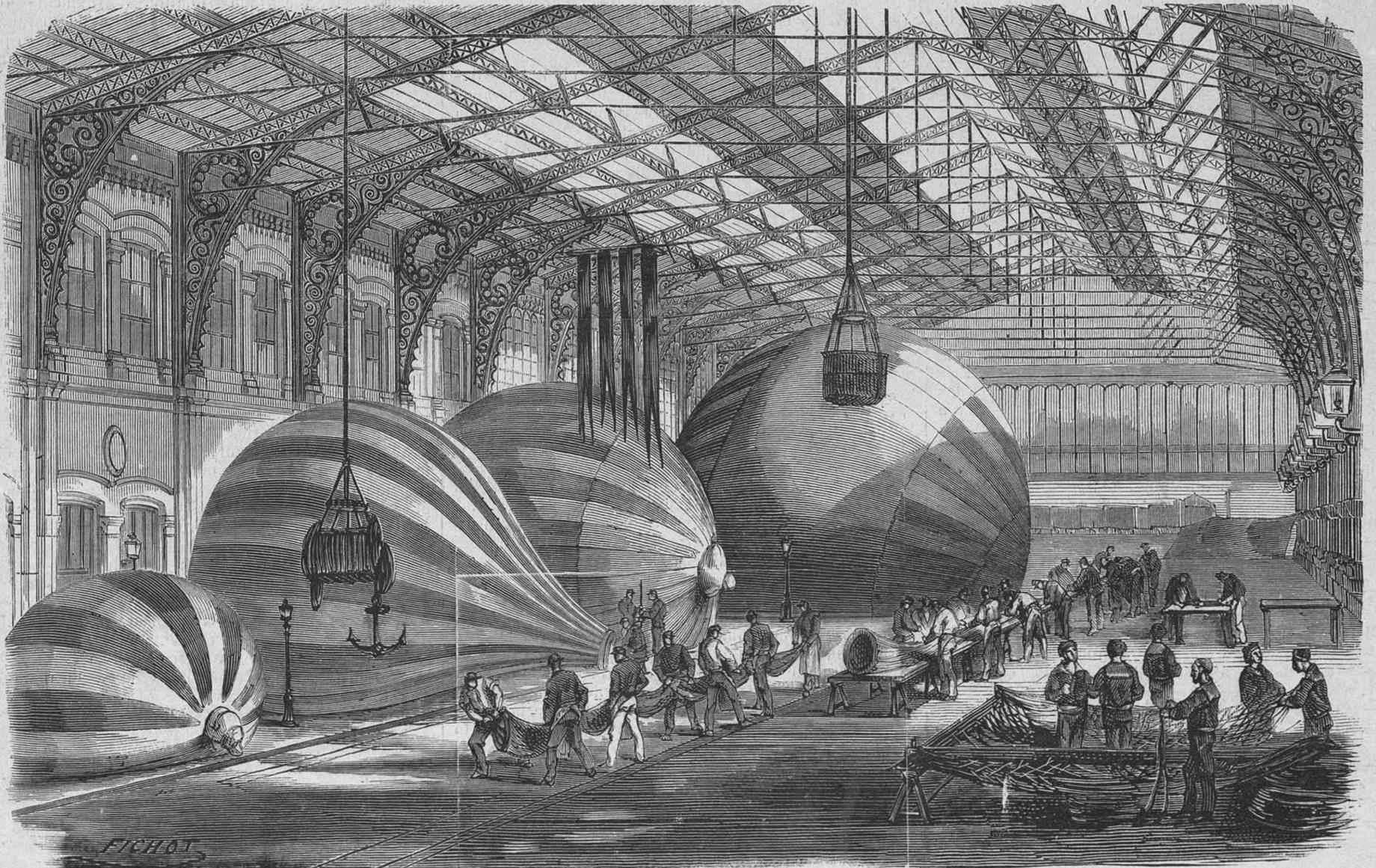
### LOS GLOBOS.

Desde el principio del sitio los globos han sido casi el único medio de comunicacion entre Paris y los departamentos, y bajo este concepto nos ha parecido oportuno representar uno de los grandes talleres en donde se cortan, se cosen y se preparan esos instrumentos aéreos, nuestros preciosos auxiliares.

Hay en Paris distintos talleres de fabricacion de los globos-correos, y la cuestion de la navegacion aérea, estimulada por la necesidad, ocupa mas que nunca los espíritus. Casi todos los lunes se discute en la Academia de ciencias, y M. Dupuy de Lhome concluye el globo que debe darnos un principio de solucion del problema. ¡Quiera Dios que eleve al hombre a la altura del pájaro!

El gobierno por su parte, mediante los milagros de la fotografia, ha podido dar a los sitiados un sistema para recibir mensajes de las familias, y ya se han recibido muchos despachos de todos los departamentos.

Pero el servicio especial que hacen los globos es el



DEFENSA DE PARIS. — El taller de fabricacion de los globos-correos en la estacion del ferrocarril de Orleans.

de tener á la provincia al corriente de lo que se hace en París, y sobre este punto se puede decir que han impedido á los diarios de Versalles publicados por M. de Bismark, que inunden de mentiras los departamentos franceses.

P. P.

### Doña Sibila Foreia.

EPISODIO DE LOS REYES DE ARAGON.

1387.

(Conclusion.)

Dieron los jueces muestras de asentimiento, y á una señal del presidente entró conducido por el carcelero un hombre con el traje que por ley expresa usaban los judíos en aquella época, el que haciendo muchos rendimientos al tribunal esperó en humilde y recogida postura que se le dirigiese la palabra.

— Notario, dijo el presidente, leed á ese hombre la copia de la declaracion que ha prestado ante el consejo.

El notario tomó un pergamino y leyó pausadamente la declaracion, que venia en suma á decir: que le constaba que el difunto rey Don Pedro habia muerto hechizado, así como que en la actualidad estaba enfermo del mismo mal el rey Don Juan: que los hechizos se habian dado á los dos en un mismo dia, y por disposicion de una persona muy allegada á ambos: que sin embargo, el segundo no moriria, sino que al contrario debia sanar; y últimamente, que si se queria de veras la salud del nuevo rey, él se comprometia á lograrla en breve espacio de tiempo con cierto remedio que le administraria y con ello quedaria probada la verdad de su dicho (4).

Es imposible imaginar coleccion de asertos mas absurda y peor trazada, aun tomando en consideracion la época en que esto sucedia, y sin embargo todo el consejo de un rey, la estimó como de gran peso, y al comunicarla al tribunal se extendia en copia de razones para probar lo digna de atencion que era. A pesar de ello los jueces torcieron el gesto al acabar la lectura, y miraron de reojo al judío, que frio é impasible no daba señal de observar nada de cuanto pasaba. El presidente, cuyo modo de pensar en materias legales debe ya conocer el lector, habria experimentado sin duda igual sensacion á la de sus colegas; pero conocia ya la declaracion, y así le fué dado disimular mas; porque dirigiéndose al testigo le dijo con reposado tono y tranquilo rostro:

— ¿Es esa la misma declaracion que habeis prestado delante del consejo de S. A.?

— Sí, señor presidente, respondió el judío.

— Y ¿por qué medios os consta lo que con tanta seguridad afirmáis?

— Los medios, señor, son los que proporciona el saber y la ciencia.

— ¿Sois acaso nigromántico?

Una pregunta semejante hecha en nuestros dias hubiera sido recibida con careajadas. En el tiempo de que hablamos causó una ansiedad mezclada de espanto, y todos los ojos se dirigieron hácia el testigo.

— No, señor, respondió el judío con impasibilidad.

— ¿Cuál es, pues, vuestro oficio?

— El de tratante en joyas.

— ¿Y tratando en joyas habeis aprendido á adivinar?

— Yo, señores jueces, no adivino, sino afirmo lo que sé. En cuanto á los medios, baste decir que he estudiado la astrologia y la medicina, y que he tenido el honor de ver de cerca á los dos reyes durante su enfermedad.

— ¿A quién quereis designar cuando decís que los hechizos han sido dados por persona muy allegada á ambos?

— A la reina madre, Doña Sibila Foreia, respondió el judío sin titubear.

Suspendióse el presidente al ver tal osadía, y dirigió coléricas miradas al delator; se contuvo, sin embargo, y siguió preguntando:

— ¿Qué datos tenéis para hacer una acusacion tan grave á una persona augusta?

— Los que me proporciona el saber y la ciencia.

Hubo aquí una nueva pausa. El presidente y los demás jueces estaban horrorizados, y apenas podian contener los impulsos de odio y desprecio de que se veian acometidos. Al cabo siguió el interrogatorio.

— ¿Qué remedio es ese con que os proponeis salvar la vida de S. A.?

— Un compuesto exquisito de admirables secretos.

— Eso no es decir nada.

— No puedo explicarme mas.

— Notario, exclamó el presidente, haced que conduzcan á ese hombre y le apliquen al tormento y veremos si así son mas claras sus respuestas.

— Suplico al señor presidente, dijo el judío sacando

un pergamino con la mayor calma, que se digne leer ese despacho con firma y sello de S. A.

Hízolo así el presidente, despues de haberlo colocado sobre su cabeza en señal de acatamiento.

El despacho decia así: «Debiendo nuestro fiel vasallo Zacarías Ben-Jacob dar una declaracion importante en el proceso formado contra los autores de conjuros y hechizos dirigidos en mal de nuestra sagrada persona, le acogemos bajo vuestra salvaguardia, mandando á los jueces que de dicho proceso entenden, se abstengan de compeirlo por ningún medio ordinario ni extraordinario á decir en sus confesiones otra cosa que la que le dicte su conciencia, como así mismo ordenamos que no pueda ser privado de su libertad.»

La admiracion del tribunal llegó al colmo. El presidente, que tenia mas antecedentes, penetró en parte la verdad. Un juez anciano y devoto dijo santiguándose y en voz baja:

— ¡La conciencia de un judío!

Solo Zacarías conservaba un frio continente cual si no comprendiese todo el efecto de lo que acababa de pasar. El presidente al cabo de algunos minutos mandó al carcelero que hiciese comparecer á la acusada con las debidas consideraciones. Doña Sibila tardó poco en presentarse vestida de luto, pálida, pero no tan abatida como pudiera suponerse, considerando el inmenso cambio que su situacion habia sufrido. Muy pocos dias habia que se habia visto reina de un vasto imperio y con poder absoluto en él, festejada y obedecida de todos, y ahora se veia presa, abandonada de todos y pronta á comparecer ante un tribunal compuesto de vasallos suyos, de hombres que antes se prosternaban á sus pies. Pero hay en las grandes desgracias tal arreglo, que á veces una persona que no podia soportar un leve padecimiento halla fuerzas para sufrir los que nunca hubiera imaginado. Así sucedia á Doña Sibila que se adelantaba con paso firme y sosegada faz, sin que otra cosa manifestase sus pesares que la palidez de su semblante. Al entrar se descubrieron y levantaron todos los magistrados por un movimiento espontáneo; y antes que la reina pudiese sentarse en el banco de los acusados, al que se dirigia sin titubear, la presentó el presidente su sitio en el que se colocó ella con indiferencia.

— Señora, dijo mosen Beltran respetuosamente; todos nosotros estamos pesados del terrible deber que nos impone la necesidad de proceder en una causa dirigida especialmente contra V. A. Sin embargo, es irremediable y hallamos consuelo en esperar que lograremos desvanecer las acusaciones que pesan sobre la inocencia, y que V. A. se dignará perdonarnos unos procedimientos que no está en nuestra mano evitar.

— Señores, contestó la reina dirigiéndose á todo el tribunal, yo me estimaria muy poco si me abatiese á contestar cargos absurdos desnudos de todo fundamento y en favor de lo que no existe, ni aun la presuncion de mi propio interés. Mis enemigos pueden ultrajarme cuanto quieran; no soy mas que una debil mujer y estoy enteramente á su merced; pero nunca les reconoceré el derecho de hacerme juzgar, ni contestaré á pregunta ninguna que no puede legalmente dirigirse.

— V. A. tenga acaso razon en obrar así, repuso el presidente, pero no como tribunal, sino como amigos celosos nos atrevemos á suplicarle tenga á bien proporcionarnos los medios de salvarla, dándonos los datos suficientes. Por absurda que parezca á V. A. la acusacion de hechizos y conjuros que tiene en contra hasta su mismo interés, como es evidente, se halla sin embargo muy acreditada por el populacho, y ahí tiene V. A. un hombre que la sostiene en una declaracion prestada ante el consejo del rey.

Siguiendo entonces la reina con la vista la direccion de la mano del presidente, lanzó al judío una mirada de altanería y desprecio tan inefable que el empedernido malvado no pudo sostenerla, y se puso pálido como la muerte. Hasta entonces no habia desmentido un solo momento su audacia y sangre fria.

— Que vuelva á repetir su declaracion, dijo Doña Sibila con amarga sonrisa.

— Está... prorumpió tartamudeando Zacarías, está escrita y... ya la conocen los señores jueces.

— Salid de aquí, añadió la reina con dignidad.

El judío confundido obedeció sin despegar los labios y salió de la habitacion abriendo los guardias un ancho paso por no rozarse con él. La reina dirigiéndose entonces á los jueces dijo:

— Es tan horroroso é inaudito el proceder que se ha observado con una reina cuando aun no están frias las cenizas de su esposo y rey, que puedo creer sin dificultad la no complicitad vuestra en él. Por tanto os diré cuanto diria á mi defensor si fuese legalmente juzgada. Ignoro el origen de esa funesta voz acerca de hechizos y conjuros, que solo puedo atribuir á la rabia de mis enemigos: nada me acusa la conciencia en este punto. Respecto á la acusacion de haber abandonado á mi esposo en su lecho de muerte, repito que lo hice por expreso mandato de este, dado de viva voz delante del arzobispo de Tarragona, del prior de Calatrava, del conde de Pallas, de los médicos y de otros de la servidumbre. Si el buen rey tenia ó no razon cuando así lo ordenaba, díganlo las consecuencias; y si yo debí ó no obedecerle, piénselo cualquiera que recuerde mi situacion y los horribles gritos de una desenfrenada muchedumbre que llegaban sin cesar á mis oidos. En cuanto á los verdaderos ó supuestos robos en palacio, rubor me cuesta el decirlo, mírese cuál era el estado de desorden y abandono en que todo se hallaba, y no por culpa mia, y júzguese. Nada mas tengo que decir, sino

que si la avaricia de una mujer, á quien no quier nombrar, piensa que yo de mi propia voluntad me despoje de mis bienes para enriquecerla, se equivoca. Nunca lograrán arrancarme la órden de entrega que se apetece, y sé muy bien que los alcaides y guardadores de las villas y castillos que me pertenecen no las rendirán sin ella.

El acento de verdad y de firmeza con que Doña Sibila pronunció su defensa acabó de persuadir á los jueces, que por otra parte estaban dispuestos en su favor. Iban ya á retirarse despues de haberla hecho mil protestas y de alentarla con la esperanza del buen éxito de su causa, cuando de repente se presentó Arnaldo de Eril, capitan de aventureros, enemigo mortal de Doña Sibila, y que en este concepto habia logrado empleo en palacio, y entregó á mosen Beltran un despacho.

— Es una órden del consejo, dijo alabrirlo.

Y no bien lo hubo leído cuando exclamó consernado:

— ¡Qué horror!... Es imposible, ilegal, absurdo.

Los demás jueces lo rodearon y comunicándoles en secreto el presidente el contenido del despacho hicieron iguales exclamaciones. La reina estaba suspensa y atónitos los demás circunstantes. Consultóse en voz baja al tribunal, y mosen Beltran tomó la palabra á nombre de todos sus individuos, y dijo al capitan:

— Señor mio, esta órden es ilegal, y no puede tener ejecucion porque lo impiden los trámites del proceso.

— Yo nada de eso entiendo, contestó Eril; se me ha entregado esa órden y de su perentoria ejecucion debo responder con mi cabeza.

— Nosotros, añadió con ansiedad el presidente, nos encargamos de hacer presente á S. A...

— Tengo órden para que nadie salga de la torre ínterin no se lleve á efecto la determinacion del consejo.

— Nos opondremos con todas nuestras fuerzas.

— Es inútil. Traigo conmigo el número de soldados suficiente para desvanecer toda oposicion.

— ¿Pero de qué se trata? dijo Doña Sibila, levantándose llena de sobresalto.

— Leed, señora, contestó el capitan, tomando el pergamino de la mesa y dándole.

Leyó la reina y fallándola las fuerzas cayó en un sitial casi sin sentido. El golpe era demasiado fuerte para que pudiese resistirlo. El despacho contenia la órden de que inmediatamente se la pudiese á tormento para que confesase sus supuestos crímenes y venia autorizado con el sello y firma del rey Don Juan I de Aragon (4).

Corramos un velo que oculte la horrorosa escena que se siguió. La órden, por la cual un rey y un hijo mandaba dar tormento á la mujer de su padre y á una reina, sin un solo pretexto que pudiera justificar tan sangrienta determinacion, fué ejecutada con agravante exactitud; y la desventurada Doña Sibila, si bien halló en su inocencia fuerzas para no confesar delitos que no habia cometido, tuvo que firmar un poder para que todos sus bienes fuesen entregados á su implacable enemiga la reina Doña Violante. Es digna de eterna memoria la noble y honrada conducta de los jueces, que protestaron enérgicamente contra el sacrilego mandato del consejo, probando cuán ilegal y absurdo era, y lograron al fin que interviniendo el cardenal de Aragon y legado del papa, don Pedro de Luna, se salvase la vida de la infeliz reina, á pesar del empeño con que sus enemigos querian su muerte.

Todos los demás defensores de Doña Sibila fueron despiadadamente degollados, excepto Bernardo Foreia su hermano y el conde de Pallas, que fueron encerrados en oscuras prisiones. Ella fué al fin puesta en libertad por intercesion del mismo cardenal, y se le señalaron veinte y cinco mil sueldos anuales para vivir, siendo lo mas raro del caso, que segun consta de la historia y crónicas del tiempo, continuó en Barcelona habitando el palacio mayor, del que no salió para retirarse á un convento hasta que muerto su hijastro sin dejar hijo varon, declaró la reina Doña Violante hallarse preñada, aunque luego resultó ser falso, y pasó á vivir bajo la vigilancia de las matronas á dicho palacio, del que despojó tambien á su víctima. Antes de esto, por los años de 1389 habiendo sido reconvenido el rey Don Juan por las Cortes del reino con motivo del escandaloso lujo, que con detrimento de sus súbditos usaba, quiso atribuir esta merecida repension á las instigaciones de Doña Sibila, y proceder de nuevo contra ella; pero las mismas Cortes le estorbaron, acogiendo el justicia mayor bajo su proteccion á la desgraciada mujer de Don Pedro IV.

Los que solo en las modernas revoluciones ven horrores y crímenes, y á cada momento citan los tiempos antiguos, pueden leer la relacion de los sucesos que acabamos de referir, acaecidos en el siglo XIV, y habrán de confesar, mal que les pese, que los hombres son siempre los mismos, y que como dice Gil Blas, las manzanas son ahora tan gordas como en tiempo de Adam.

J. VARELA.

(1) Histórico, así como todo lo que sigue.

## Poesías.

## ¡LA MUERTE!

¡Qué eres tú, mortal! cual frágil nave  
 En el mar proceloso de la vida  
 Que de furiosas olas combatida  
 Al abismo descende del no ser.  
 Si tu amoroso pecho no palpita  
 En la mansion eterna del descanso,  
 Tampoco allí tu corazón se agita  
 Con los recuerdos áridos de ayer.  
 Tampoco miras en el mundo impío  
 Otros seres reír, mientras tú lloras :  
 Bajo la losa del sepulcro frío  
 ¿Qué son las ilusiones seductoras?  
 ¿Qué son las galas, ¡miseros mortales!  
 Si en hediondez y polvo las corvierte  
 La mano oculta y férrea de la muerte  
 Que hace al magnate y al pechero iguales?  
 En el delirio de su mente el hombre  
 Y en el borde se mece de una idea.  
 Si entré un raudal de inmensas ilusiones  
 Se desliza fugaz la humana vida,  
 También el alma queda adormecida  
 Por el choque fatal de las pasiones.  
 También sorprende la terrible parca  
 Que sin ser vista llega presurosa,  
 En el trono al monarca,  
 Y en el lecho de flores á la hermosa.  
 ¡Todos han de morir! .. ¡decreto impío!  
 El anciano y el niño... hasta el guerrero,  
 Que en cien combates al lidiar con brío  
 Su vida respetó contrario acero.

## Miserable condicion

Es la tuya, raza humana ;  
 Pues te anuncia una campana  
 En medio de tu ilusión  
 Que puedes morir mañana.  
 Tú miras en este suelo  
 Que dan matiz á las flores  
 Los matutinos albores,  
 Y ves un hermoso cielo  
 Con nubes de mil colores.  
 Y de la aurora importuna  
 Ves el brillante arrebol,  
 Y la plateada luna,  
 Cuando se mece en su cuna  
 La noche, tumba del sol.

Ves magníficos salones,  
 Palacios, regios doseles,  
 Y en el mar ves mil pendones.  
 Que tremolan los bajeles  
 De diferentes naciones.  
 Y ves hermosos jardines,  
 Y lirios en el pensil  
 Que mece el aura sutil :  
 Mujeres cual serafines  
 Con gargantas de marfil.  
 Todo te encanta en el mundo,  
 Y te seduce también  
 En tu delirio profundo :  
 Pues el que juzgas Edén  
 Es solo un pantano inmundo.  
 Las hojas de nieve y grana  
 De la flor que viste ayer  
 Con su lozania ufana  
 En los pensiles crecer,  
 Verás marchitas mañana.  
 Vereis los regios salones,  
 Morada de los tiranos  
 Hundidos también, humanos ;  
 Por el tiempo las naciones :  
 Los tronos por vuestras manos.  
 También el mar se desata,  
 Bramando con furia tal,  
 Que esos bajeles, mortal,  
 Tendrán en ondas de plata  
 Un sepulcro de cristal.

La hermosa cuya niñez  
 Se deslizó entre jazmines,  
 Sin llegar á su vejez,  
 Cuando brilla en los festines.  
 En aquella edad dorada,  
 Edad de amor é ilusiones,  
 Solo su dulce mirada  
 Hace hervir la sangre helada,  
 Y abrasa los corazones,  
 Entonces con ¡desvarío  
 Mil necios que amar ignoran  
 Dicen, mujer, que te adoran,  
 Y siendo cadáver frío  
 Sobre tu tumba no lloran .  
 Pues en el llanto también  
 Placer siente alma afligida,  
 Mas si ellos te quieren bien,  
 Es solo mientras te ven  
 De ricas galas vestida.  
 No cuando en despojos yertos  
 Te convierte parca fiera ;  
 Porque el hombre considera  
 Que entre los vivos y muertos  
 Hay una grande barrera.  
 Pues todo debe morir  
 En este misero suelo,  
 ¡Quién sabe en el porvenir  
 Si estará escrito que el cielo  
 Deje también de existir !  
 También las generaciones  
 Sirven á otras de escalones  
 En la mundanal escena.  
 Y son de la gran cadena  
 Los pequeños eslabones.

A

## UNA MAÑANA.

Nace en los cielos azules  
 Entre nubes de oro y grana.  
 La placentera mañana  
 Con su variado color.  
 Que es la risa de los cielos  
 La mañana de los dias,  
 Cual son las noches sombrías  
 Lágrimas de su dolor,  
 Pero de tan bellos ojos  
 Aun las lágrimas son bellas  
 Y por eso llora estrellas  
 Quien rie flores y luz.

Vida del cielo es el dia,  
 Que hizo Dios la noche oscura  
 Porque fuera sepultura  
 De la clara luz del sol,  
 Pero en las mismas cenizas  
 Al morir la noche umbría,  
 Cual Fénix renace el dia  
 Con su vistoso arrebol.  
 Y torna á vestir el mundo  
 Con sus cambiantes colores  
 Y torna á esmaltar de flores  
 Del mundo el ancho vergel.

I.

Levanta, oh mundo, la arrugada frente  
 En lecho de miseria reclinada,  
 Saluda al sol que en brillo refulgente  
 Viene á alumbrar su imperio de la nada.  
 Saluda al sol imagen trasparente.  
 De la imagen de Dios pura y sagrada,  
 Reflejo de ese Dios cuyo reflejo  
 Tiene tu suelo. oh mundo, por espejo.  
 Alza tu voz y en cántico sonoro  
 Saluda hoy el nacer del nuevo dia,  
 Que viene envuelto en el ropaje de oro  
 De ese sol de placer y de alegría,  
 De ese fanal que por mayor decoro  
 Muere en la hora de empezar tu orgía

Y al rumor de tus báquicos cantares  
 Oculta su vergüenza entre los mares.

Es ¡oh mundo! tu vida la mañana  
 Y es tu aroma el aliento de las flores,  
 Te viste el sol con su color de grana  
 Y te arrullan pintados ruiseñores,  
 Ya con su azul el cielo te engalana  
 Ya refleja en tu frente sus colores ;  
 Y tú mostrando en flores tu sonrisa  
 Bello perfumas la ondulante brisa.

Su luz te presta vida, movimiento  
 Y desde el valle las tranquilas fuentes  
 Con su murmullo acompasado y lento  
 La saludan y acatan reverentes :  
 Y ella acogiendo el susurrante acento  
 Se refleja en sus aguas transparentes  
 Y partiendo sus bellos arrebales  
 En su fondo de un sol hace dos soles.

Salpicada de perlas y de espuma,  
 Naces mañana entre la mar inquieta,  
 La tierra con tu aroma se perfuma,  
 La mar su furia con tu luz aquieta :  
 Porque mas tu belleza se presume  
 Te saludan las aves y el poeta,  
 Y á tu vista tal vez en dulce canto  
 Amante ruiseñor trueca su llanto.

Sigue tu curso por el claro cielo  
 Fresca mañana, pura y olorosa  
 Mientras prepara á tu fulgor el suelo  
 Mullido lecho de jazmin y rosa.  
 Brilla; y tu rayo puro de consuelo  
 Tras la noche del crimen pavorosa  
 Recuerde al hombre en su fatal demencia  
 De un Dios omnipotente la existencia.

II.

Vive el hombre mientras pasan  
 Esas mañanas serenas,  
 Breves como vuestras penas,  
 Bellas como vuestro amar.

Que pronto la noche oscura  
 Sombreará vuestra frente,  
 Que pronto el sol refulgente  
 Se hundirá en la turbia mar

Preparad los torpes labios  
 Que obscenos besos imprimen,  
 Preparad el alma al crimen  
 Y al delito el corazón.

Que la noche con su manto  
 Vuestros delitos cobija,  
 Que la maldad es su hija,  
 Que es su hermana la traicion.

Mas juzgais, de vuestro orgullo  
 En los dorados ensueños,  
 Que del mundo sois ya dueños  
 Porque el sol le abandonó;  
 Y que apagada la lumbre  
 Dios, entre la sombra oscura  
 Vuestra terrenal locura  
 En dulce sueño olvidó ;  
 Pero os miente y os engaña  
 Ese pensamiento incierto,  
 Porque Dios está despierto,  
 Porque nunca duerme Dios.  
 Que si el sol, que es ojo suyo,  
 Apaga sus luces bellas,  
 Abre, en pálidas estrellas,  
 Cien ojos en vez de dos.

X

**Defensa de Paris.**

EL TALLER DE FABRICACION DE CUREÑAS EN LA ESTACION DEL FERRO-CARRIL DE LYON.

En los cañones los accesorios son tan indispensables como lo principal. Cuando se ve desfilan una batería se conoce el material que exige el servicio de un cañón.

Pero todo se lleva de frente en Paris. Mientras los fundidores fabrican instrumentos de guerra, hay inmensos talleres en donde se hacen las cureñas. Hemos visitado el del ferro-carril de Lyon trasformado desde el principio del sitio en un verdadero arsenal.

A la hora en que escribimos estas líneas ya se han ejecutado los primeros pedidos hechos por el gobierno, y la defensa posee todo el equipo de cuarenta nuevas baterías de artillería. Sin embargo, la fabricacion continúa.

P. P.

**Los hijos de Carlomagno.**

(Conclusion.)

Berengela, repitió con voz terrible, os mando que os volvais á vuestra estancia. Llevadla.

— Gracia, gracia, exclamó Berengela; y cayó desmayada en los brazos de los que la llevaban.

Luego que hubo salido, el emperador añadió con voz alterada pero inflexible:

— Condes, barones y todos los que presentes estais, un gran crimen acaba de cometerse y los santos evangelios han sido profanados. Julio ha cometido un sacrilegio. Retracto mi juramento, la espada de la justicia caerá sobre la cabeza del culpable.

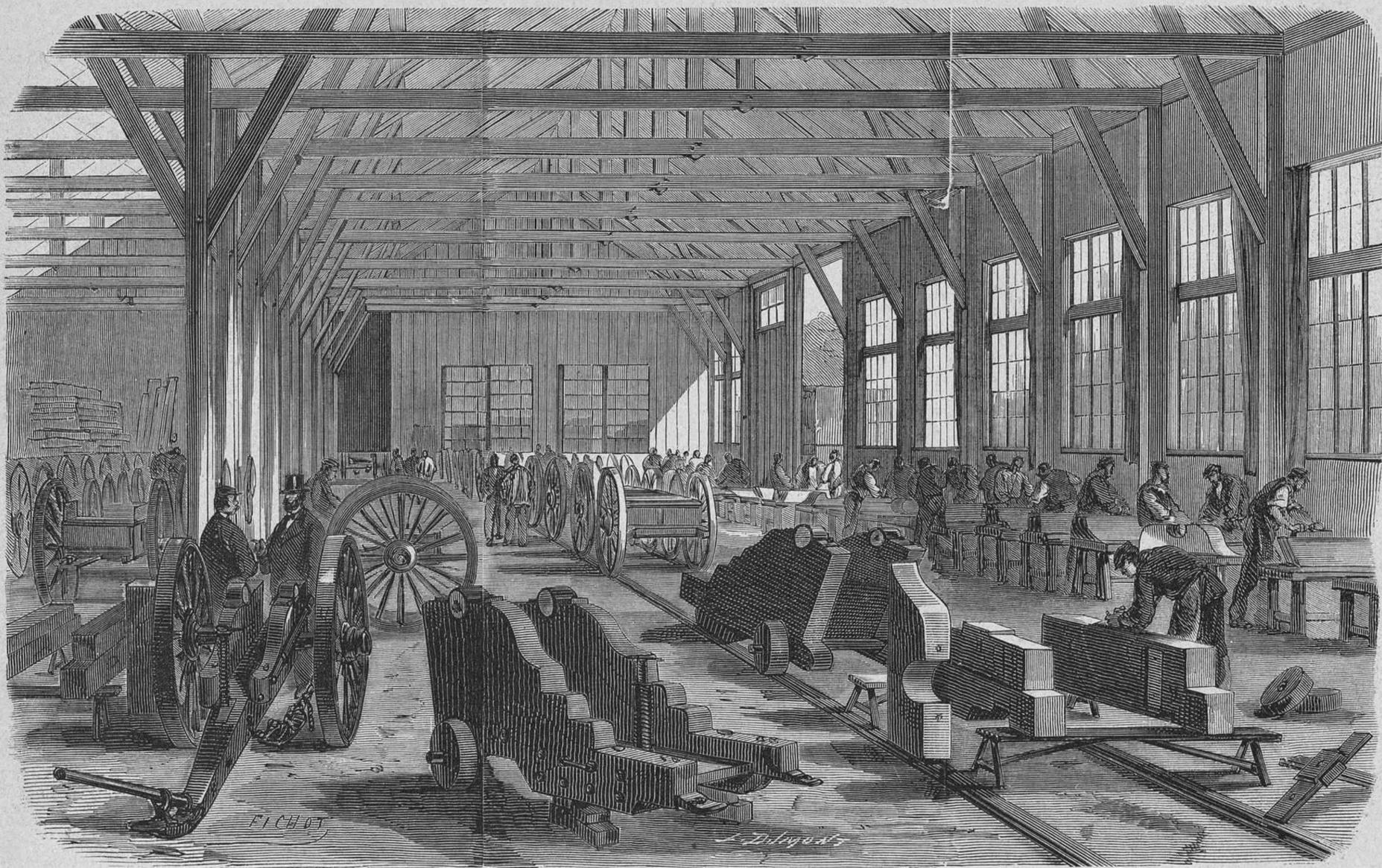
La muerte de sus favoritos Varneher y Lambert que le vino á la memoria, aumentó su furor y haciendo mil pedazos con el puño las cabezas de las águilas de su asiento continuó:

— Julio ha abusado de la confianza que en él depositó el ilustre Carlomagno, se ha valido de la inexperiencia de una princesa para contraer con ella lazos que mi padre hubiera reprobado, si no los hubiese ignorado; lazos que yo condeno. Julio era el cómplice de Alduin; y si no ha guiado su brazo en la muerte de mis amigos, lo ha secundado con su pensamiento. Julio, en fin, ha cometido un sacrilegio. Yo le condeno á perder la vista y quiero que se dé cumplimiento á la sentencia en el instante. Póngasele después en libertad para que lllore sus faltas hasta su muerte.

Abrióse á breve rato de esto la puerta de la prision del galo-romano y entraron en ella los ejecutores con los instrumentos para el suplicio, el brasero encendido y el cuchillo de hierro enrojado entre los carbones.

A la vista del siniestro aparato helósele á Julio la sangre en las venas.

— ¡ Dos veces se me condena á no verte! exclamó traspasado de dolor. ¡ Qué consuelo ha de quedarme en tan horrible soledad! Ya no podré, Dios mio, contemplar vuestras obras y vuestros santos apóstoles, sublimes profetas, ya no podré gozar de vuestras agradables conversaciones en las pesadas vigiliias de la noche. ¡ Dios



DEFENSA DE PARIS. — El taller de fabricacion de cureñas en la estacion del ferro-carril de Lyon.

mio! ¡ pues vos lo consentís! ¡ cúmplase vuestra santa voluntad!

Y arrodillándose imploraba á Dios le infundiese el valor necesario para apurar el cáliz que se le presentaba.

Los ejecutores, conmovidos al ver tanta piedad y resignacion, admiraban la calma de Julio y respetaban en silencio la plegaria de su noble víctima.

— Dejarme algunos instantes y me pongo en vuestras manos, dijo el galo-romano á los ejecutores, y acercándose á una ventana arrojó una ardiente mirada, que recorrió toda la bóveda celeste, considerando las brillantes estrellas, las blancas perlas que á Dios plugo esparcir sobre el velo de la noche; su alma, súbitamente iluminada, penetró hasta los gloriosos espacios celestiales y vió el sol resplandeciente de la vida eterna. Un momento despues ya habia apurado el cáliz de amargura hasta las heces. Dos veces se enfrió el hierro en las pupilas de Julio, dos veces se elevó una ligera nube de humo..., y Julio quedó sumergido en las tinieblas hasta el dia de la resurreccion.

Una venda empapada en cierto bálsamo, cuya virtud consistia en circunscribir el mal, cubrió sus párpados, en seguida dos guardias condujeron á Julio á su estancia, y apenas llegaron al umbral le abandonaron y hu-

yeron, como si temieran ser cómplices en el suplicio de un inocente, de un santo, porque tal lo juzgaban.

En dolorosos alaridos prorumpió la servidumbre de Julio al verle en tan lastimoso estado, porque todos le miraban como á padre. El se esforzaba en consolarlos. Una mujer con el cabello suelto, ojos errantes y en desordenado traje se presentó á la puerta, donde quedó inmóvil, semejante á un espectro; mas al ver á Julio su rostro pálido y moribundo adquirió un soplo de vida, lanzó un grito de alegría y se arrojó á los brazos del galo-romano, que la estrechó con pasion, besando sus cabellos y sus ojos.

— ¡ Julio mio!

— ¡ Berengela!

— ¡ Vivís! gritó Berengela. Gracias os doy, Dios mio; ¿ pero por qué cubren tus ojos esta venda?

Todos callaron, el galo-romano inclinando la cabeza la respondió con voz dulce y melancólica:

— Resígnate, amada Berengela mia, Dios lo ha querido; ya no te volveré á ver sino con los ojos del alma.

— ¡ Dios mio!... prorumpió Berengela lanzando un grito aterrador, y cayó sin movimiento á los piés de su esposo. Mas volviéndola en sí los cuidados de Julio ¡ gran Dios! exclamó en el mayor abatimiento ¿ será po-

sible? ¡ Dios mio, ya no volverán á mirarme sus ojos!

— Berengela mia, solo percibo una espesa sombra, ya no te volveré á ver mas que en el cielo.

— ¿ Por qué no quisiste huir conmigo, Julio? No te verias privado de la vista y viviriamos dichosos. Yo conocia el carácter sombrío y cruel de Luis...

— Armate de valor, replicó el galo-romano con voz conmovida, ha llegado la hora, Berengela, de mostrarte cristiana y descendiente de Carlomagno.

— ¿ Qué mayores desgracias tienes que comunicarme, le interrumpió la princesa aterrada. Acaso querrán separarnos. No contento Luis con haberte privado de la luz del sol y de la vista del cielo, querrá privarte de un corazon que te consuele, de un alma que te ame, de una mano que te guie. ¿ Y crees que le obedeceré?... Jamás.

Apenas hubo dicho esto entró un oficial de palacio y dirigiéndose á Berengela:

— Princesa, la dijo, el emperador os manda que os retireis á vuestra estancia.

— Sí, se han cumplido mis presentimienios, replicó Berengela. Nos separan, y nos separan para siempre. No esperaba menos de tí, cruel y despiadado Luis.

Y volviéndose al oficial, le dijo con energia:

— No espereis que me someta al bárbaro capricho de vuestro soberano, yo soy esposa de Julio, ¿oís? Y no temo proclamarlo ante toda la corte; feliz ó infortunado, su destino será el mio, mi vida le está enteramente consagrada. Id á llevar esta contestacion al emperador; si se atreve á usar de violencia con una hija de Carlomagno, decidle que estoy pronta y que espero al verdugo. ¡Dios mio, no se me ha herido ya en la persona de Julio!

— ¡Berengela, amada mia! exclamó el galo-romano con una voz que en vano se esforzaba en asegurar, deja de oponerte á un príncipe á quien un odio ciego ha extraviado. La débil caña no puede luchar contra la fuerte encina. Cuando la mano de Dios pesa sobre nosotros, ¿qué otra cosa podremos hacer en nuestra debilidad, sino gemir y humillarnos? Un dia, sí, yo lo presieato, un dia llegará en que Luis sufrirá el castigo de sus faltas; entonces su arrepentimiento será tan humilde y

tan amargo, cuanto hoy es cruel y altanero su odio, pero ¡ay! entonces ya no será tiempo...

El oficial, que desde la puerta contemplaba esta escena, inmóvil y silencioso, se adelantó y con tono respetuoso, pero que dejaba conocer una determinacion inflexible, dijo:

— Princesa, las órdenes que he recibido no admiten dilacion y debo responder con mi cabeza de su cumplimiento.

Berengela conoció que todo habia terminado y que la resistencia seria inútil.

— ¡Adios pues, adios para siempre! exclamó anegada en llanto.

— Adios, hasta que en el cielo volvamos á vernos, contestó el galo-romano con el alma atormentada, pero resignado y siempre cristiano hasta el extremo.

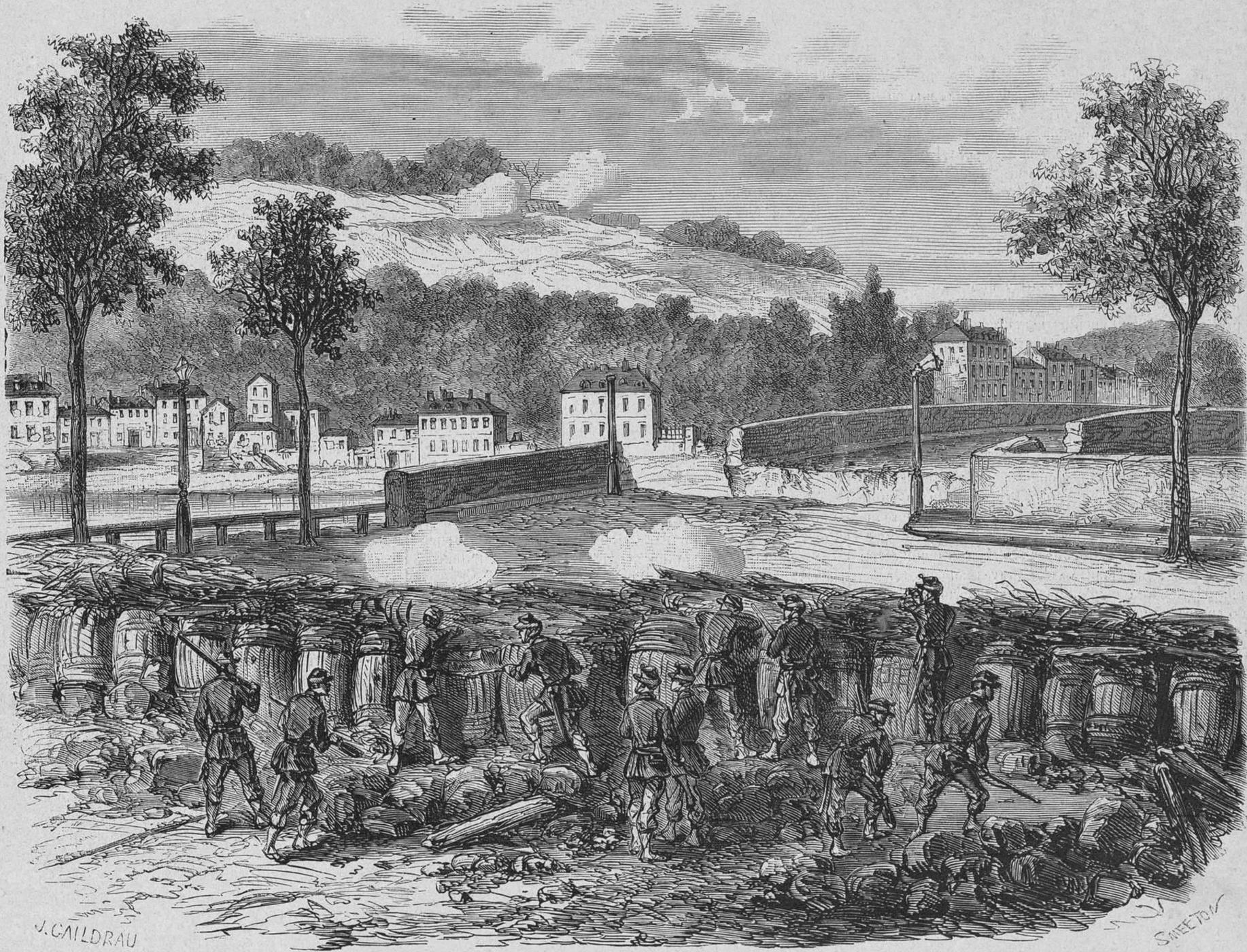
Los dos esposos se estrecharon con un último y desesperado abrazo; despues, desfallecida y traspasada se

puso la princesa en manos del enviado de su hermano.

Cuando atravesaba la galería de palacio, Gisela entraba en ella acompañada ó mas bien escoltada por un oficial de la guardia del emperador. Berengela se arrojó á sus brazos y lloró en su seno; pero la altiva Gisela no lloraba: sobre su rostro pálido y contraído convulsivamente, luchaba el dolor con la violencia de un implacable resentimiento.

— Oyeme, Berengela, la dijo en voz baja y con un tono feroz, yo tambien tengo el alma traspasada, han asesinado á mi Alduin, han herido á la vez el corazon de una madre y el corazon de una esposa. Pero no son lágrimas las que necesitan los manes de Alduin y el recuerdo de Julio, es venganza. ¡Oh, llegue el dia en que mi hijo sea grande y fuerte, y desgraciado del hermano desnaturalizado, infeliz del príncipe que nos ha perseguido!

La cólera de Luis no llegaba hasta el punto de usar



SITIO DE PARIS. — El reducto prusiano de Brimbordon, vista tomada en la barricada del puente de Sevres.

de violencia con sus hermanas; conformándose con la mas escrupulosa exactitud á la voluntad expresada en el testamento de su padre, les entregó la parte que se les habia designado en la sucesion del emperador; despues designó á cada una de ellas un retiro; Berengela se retiró á un monasterio y Gisela fué á nutrir su odio al dominio que su padre le habia dejado en feudo.

Con el tiempo empezó á cumplirse la prediccion del desgraciado Julio. Si Gisela no gozó la satisfaccion de ver figurar á su hijo en los acontecimientos de aquella época, pudo al menos complacerse en el triste espectáculo que ofrecia la decadencia de un reinado que empezó bajo tan gloriosos auspicios. Despues de haber dominado la Europa, que parecia recibir órdenes de Aix-la-Chapelle, Luis vió su imperio destrozado por la guerra civil; mas de una vez sus hijos levantaron contra él el estandarte de la rebelion; y en medio de las continuas alternativas de paz y guerra, de treguas vergonzosas ó de crueles represalias, vivió desgraciado,

siempre vendido y viendo aniquilarse y dividirse mas y mas la grandiosa herencia de Carlomagno.

Ya lo hemos dicho: el carácter de Luis, lleno de piedad monacal, no era compatible con las enérgicas calidades de los monarcas guerreros: así es, que mas se ocupaba del cuidado de arreglar su conciencia, que de la administracion del reino y de su familia. Cediendo á los consejos de los prelados, de quienes se habia rodeado, y á la influencia de las ambiciones celosas, que se esforzaban en exaltar sus disposiciones religiosas para debilitar el poder entre sus manos, dió el ejemplo de una humildad singular. En el mes de agosto de 822 se convocó una asamblea en Aigny-sur-Aisne. Allí en presencia de todos, á la faz del mundo, con la cabeza sin la corona y la frente prosternada, el emperador hizo confesion de sus pecados, imploró la misericordia de sus enemigos y honró la memoria de aquellos á quienes habia tratado cruelmente...

En este tiempo, un rayo de esperanza lució en el co-

razon de Berengela; pero Dios quiso que la prediccion del galo-romano se cumpliera en todas sus partes. Luis se arrepintió, Luis deseó volver á Julio la libertad y á Berengela, su arrepentimiento era amargo y humilde, pero ya no era tiempo; porque pocos meses antes, Julio habia muerto en olor de santidad en el monasterio donde se habia retirado. X.

**Sitio de Paris.**

EL REDUCTO PRUSIANO DE BRIMBORDON.

Mas arriba de Sevres y mas abajo de Meudon se puede ver en nuestro grabado el aspecto de la importante batería de Brimbordon que, con el reducto de Montretout

está llamada á representar un papel decisivo en el ataque de las posiciones francesas, desde el Point-du-Jour hasta la puerta Maillot.

Supónese que este ataque sería temible y podría presentar grandes peligros; pero á esto hay que contestar que si el ataque en cuestion fuese temible en efecto, no lo sería menos la marcha del enemigo sobre el Point-du-Jour, pues se encontraría allí á la merced del triple fuego del Monte Valeriano, del fuerte de Issy y de las fortificaciones.

Sin duda el enemigo lo comprende así y no emprende el ataque.

L. C.

### Revista de Paris.

La suerte de Paris, quizás de la Francia, se decide en estos momentos en las posiciones que el ejército prusiano se ha elegido en torno de la capital, y que los valientes defensores del suelo patrio atacan desde el principio de la semana con el brio y el denuedo que han distinguido siempre á los militares de Francia. Hablar de la emoción que reina en Paris á todas las horas, á todos los instantes del día sería una tarea punto menos que imposible. Se arrancan los periódicos de las manos, se repiten de boca en boca los rumores mas contradictorios, se entablan las discusiones mas apasionadas y, desgraciadamente, se olvida demasiado que el gobierno es el único conducto fidedigno al que debe escucharse y darse crédito.

Así fué que en la noche del miércoles, el primer día de la batalla, causó una impresion tan dolorosa como profunda un artículo de un diario muy leído, en el que se decía lisa y llanamente que el ataque del ejército francés contra las líneas prusianas, brillantemente inaugurado, había venido á fracasar del modo mas deplorable. ¿En dónde este periódico tan mal inspirado en esta ocasion, había recogido semejante informe? El gobierno nada decía, nada sino que era preciso estar en guardia contra las falsas noticias que podían circular, y mas tarde añadía que los movimientos preparatorios se habían cumplido con un valor y arrojo que llenaban á los jefes de esperanza y de confianza.

Sin embargo, la excitacion producida por el diario á que nos referimos y que no nombramos, iba creciendo de punto en las primeras horas de la noche, y quizás habría producido un conflicto si otros periódicos no hubiesen dado informes en sentido contrario. El público acabó por tranquilizarse; pero el gobierno, que conoció cuán graves pueden ser las imprudencias de esta índole, tomó una determinacion que ha sido aprobada por todos y que seguramente aconseja á todos la obediencia mas estricta.

La providencia en cuestion prohíbe hasta nueva orden la publicacion de todo relato de operaciones militares, de movimientos de tropas y de actos de guerra que no emanen de la autoridad militar, y el periódico que no se conforme con la prohibicion será suspendido en el acto.

Sea dicho en honor de la verdad, la prensa toda ha elogiado este decreto, pues son muchos los inconvenientes que presenta el furor de dar noticias «de sensacion,» como ahora se llaman, y entre ellos no es el menor el de descubrir al enemigo lo que quiere el gobierno que se calle.

De todos modos esta prohibicion nos pone tambien en el caso de ceñirnos estrictamente á la reproduccion de los partes militares en lo concerniente á las operaciones emprendidas, los cuales insertaremos en una seccion separada.

De lo que sí podemos y debemos hablar es de la decision con que se ha emprendido una campaña, que por lo que vemos hasta el día, se halla en camino de dar de sí brillantes resultados.

Paris, que había llegado á los últimos límites de la impaciencia delante de un enemigo que parece resuelto á no atacar y esperar en sus posiciones á que la falta de viveres le entregue la capital en un momento determinado, Paris, decimos, deseaba salir por fin de la expectativa para entrar en el periodo decisivo.

Confiado completamente en el digno general Trochu que dirige la defensa, aguardaba con ansia que llegara la hora de empuñar las armas y salir al campo, en busca de una lucha que en vano espera hace dos meses y medio en las murallas.

Por fin, el 28 de noviembre, la fecha figurará en los anales parisienses, el general Trochu dirigió á los ciudadanos de Paris, á los soldados de la guardia nacional y del ejército las palabras siguientes:

«La política invasora y de conquista espera acabar su obra; y ella introduce en Europa y pretende fundar en Francia el derecho de la fuerza. La Europa podrá sufrir este ultraje en silencio; pero la Francia quiere combatir, y nuestros hermanos nos llaman fuera para la lucha suprema.

» Despues de tanta sangre vertida, la sangre va á correr de nuevo. Que la responsabilidad recaiga sobre aquellos cuya

detestable ambicion huella bajo sus piés las leyes de la civilizacion moderna y de la justicia. Poniendo nuestra confianza en Dios, marchemos adelante por la patria.»

A esta proclama del gobernador de Paris que despues de haber organizado la defensa como todos sabemos, haciendo inexpugnables unas fortificaciones que necesitaban todo el armamento y una porcion de obras accesorias, improvisando un ejército colosal donde no había mas que ciudadanos desarmados, acompañaba otra del general Ducrot, en donde se descubren las intenciones de los jefes, por cuyo motivo la traduciremos á continuacion, no menos que por la confianza que respira en el resultado definitivo de tan grande empresa.

Dice así, hablando á los soldados del 2º ejército de Paris: «Ha llegado el momento de romper el círculo de hierro que nos encierra desde hace demasiado tiempo, y que amenaza ahogarnos en una lenta agonía.

» A vosotros os toca el honor de tentar esta grande empresa: os mostrareis dignos de él, lo digo con certeza.

» Sin duda alguna el principio será difícil; tendremos que sobrepasar serios obstáculos; es menester mirarlos con calma y resolucion, sin exageracion ni debilidad.

» La verdad es esta: en nuestros primeros pasos, al llegar á las avanzadas encontraremos implacables enemigos, audaces y confiados por sus demasiado numerosos triunfos, y habrá que hacer un vigoroso esfuerzo; pero no es superior á nuestras fuerzas. Para preparar nuestra accion, la prevision del que os manda en jefe ha acumulado mas de 400 bocas de fuego, de las cuales las dos terceras partes, por lo menos, son del mas grueso calibre: ningun obstáculo material podrá resistir á ellas, y para lanzaros en es a brecha sereis mas de ciento cincuenta mil, todos bien armados, bien equipados, abundantemente provistos de municiones, y, tengo de ello esperanza, todos animados de un ardor irresistible.

» Vencedores en este primer periodo de la lucha, vuestro triunfo está asegurado, porque el enemigo ha enviado á las orillas del Loira sus mas numerosos y mejores soldados; los heroicos y felices esfuerzos de nuestros hermanos los retienen allí.

» ¡Valor, pues, y confianza! Pensad que en esta lucha suprema combatimos por nuestro honor, por nuestra libertad, por la salvacion de nuestra querida y desgraciada patria; y si este móvil no es suficiente para inflamar vuestros corazones, pensad en vuestros campos devastados, en vuestras familias arruinadas, en vuestras hermanas, vuestras mujeres y vuestras madres desoladas!

» Pueda este pensamiento haceros participar de la sed de venganza, de la sorda rabia que me animan, é inspiraros el desprecio del peligro.

» Por mi parte, estoy bien resuelto á ello, y hago este juramento delante de vosotros y delante de la nacion entera: no volveré á entrar en Paris sino muerto ó victorioso; podreis verme caer, pero no me vereis retroceder. Entonces, no os detengais, sino vengadme.

» ¡Adelante pues! ¡Adelante, y que Dios nos proteja!

Este lenguaje tan propio de un soldado que ofrece su vida en aras de la patria, cuando la patria se encuentra en tan grave peligro como el que hoy corre la Francia, electrizó á todos los corazones. Es una promesa de victoria, con tal intencion lo emplea el denodado general, y así lo han comprendido los parisienses.

Por último, el gobierno de la defensa nacional dirigió tambien su voz á la poblacion de Paris para anunciar que había comenzado el esfuerzo que reclaman la honra y la salvacion de la Francia.

Si se ha tardado es porque los recursos no estaban prontos; pero al momento que se hubieron combinado los medios de accion, se ha emprendido el ataque.

El gobierno pide á los parisienses que en tanto que sus hermanos exponen tan noblemente su vida, la poblacion, sea cual fuere las emociones que la agiten, conserve la calma y la serenidad que son tan estimables siempre y tan preciosas en estos momentos.

Con razon dice que todo el que fomentara en Paris el menor desorden, haria traicion á los defensores que han salido al campo y serviria á la causa de la Prusia.

Hé ahí los antecedentes que podemos presentar á nuestros lectores acerca de la batalla que á la hora en que escribimos estas líneas (juéves 1º de diciembre) dura ya tres días.

Resueltos como hemos dicho á atenernos estrictamente á la prohibicion de dar noticias de cosecha propia, no debemos hacer mas que tomar en cuenta las declaraciones del gobierno

Ahora bien, estas son favorables hasta lo sumo.

El gobierno dice que la jornada del 30 de noviembre figurará en la historia, pues á la par que levanta la honra militar de la nacion, consagra el glorioso esfuerzo de la ciudad de Paris.

Si la de mañana se le parece, puede salvar no solo á Paris sino á la Francia

El gobierno prodiga los mayores elogios al jóven ejército formado en menos de dos meses y que ha demostrado desde el primer instante lo que pueden los soldados de un país libre. Con el mayor denuedo se arrojaron sobre el enemigo amparado por formidables defensas y durante doce horas, sufriendo un fuego espantoso conquistaron palmo á palmo las posiciones que conservan.

Es un brillante principio que justifica todas las esperanzas.

La lucha, sin embargo, será terrible y larga, sobre esto no nos hacemos ilusiones.

Se trata de vencer á un enemigo implacable, que ha jurado sacar de sus victorias ventajas materiales que la Francia no puede conceder, porque á pesar de sus desastres no se encuentra aniquilada, antes bien posee recursos que puestos en juego darán forzosamente el resultado á que aspiran todos los hombres de corazon, la expulsion del enemigo.

Pero para esto se necesita tiempo, mucho tiempo, aun cuando las actuales operaciones tengan un éxito satisfactorio.

Si se logra el abastecimiento de Paris, no hay duda que esta gran cuestion de ganar tiempo para que acaben de organizarse y robustecerse los ejércitos de las provincias, habrá dado un paso. Paris abastecido es verdaderamente inexpugnable.

Esperemos, pues, que se alcanzará este primer resultado.

El general Trochu dice en su proclama que la Francia protestará con las armas en la mano contra la fundacion del derecho de la fuerza, ya que la Europa se muestra impasible ante tal ultraje.

¿La Europa! Eceptuando la Rusia ¿qué potencia se encuentra en estado de arrostrar una guerra contra la Prusia?

¿Será Inglaterra? No: la Inglaterra ha visto de repente las nubes que se aglomeran hácia el Oriente y harto hará con volver sus miradas por otra parte.

¿Será el Austria? Tampoco; el Austria entregada á sus discusiones interiores que amenazan una disolucion de su imperio, ve el peligro como le ve la Inglaterra, pero es impotente para remediarle.

¿Será la Italia? Menos aun: la Italia se ocupa exclusivamente en sus propios asuntos y sin recordar lo que debe á Francia, aprovecha la ocasion para entrar en Roma y para sentar en el trono de España á un príncipe italiano.

Queda, pues, la Rusia; que lejos de tomar parte en la contienda se dispone á trabajar por cuenta propia.

¡At! la Rusia hará comprender á la Inglaterra lo que valia la amistad y la alianza de la Francia.

Estos días hemos recibido en Paris periódicos ingleses y hemos podido ver la impresion que la nueva actitud de aquella formidable potencia ha producido en la Gran Bretaña.

La Rusia al deshacer por sí y ante sí el tratado de 1856, firmado en Paris por las grandes potencias á la conclusion de la guerra de Oriente, se declara dispuesta á todas las eventualidades que pueden surgir del conflicto y á guisa de preliminar decide que sus ejércitos se reclutarán sobre la base que tienen los de Prusia. Esto es, todo el mundo será soldado para lo que pueda ocurrir; el czar está celoso de los triunfos del rey Guillermo.

Sabido es que en Inglaterra la opinion general se manifiesta por el comercio.

Ahora bien, este comercio que ha apoyado al gobierno en la cuestion de neutralidad, es decir, que le ha secundado en su política de indiferencia y de egoismo, cambia hoy de tono porque comprende que no ha hecho mas que servir los intereses de M. de Bismark, los cuales no son idénticos á los de la Inglaterra.

Ya se reunen meetings para protestar contra la continuation de la guerra y contra los manejos de la Rusia; oficiales del ejército piden permiso para entrar al servicio de la Turquía; las rentas sufren una baja enorme, los negocios se paralizan y se declaran quiebras considerables en Liverpool, Londres y Manchester.

No son infundadas tales alarmas, cuando se considera el golpe terrible que amaga á la Inglaterra.

La Rusia vuelve á sus sueños de dominacion exclusiva en los mares de Oriente; y como la Francia se encuentra empuñada en una lucha formidable, se atreve con su rival que es la Gran Bretaña.

Desunidas las dos potencias que hicieron la guerra de Crimea, el triunfo de la Rusia es fácil, tanto mas cuanto que la Prusia se halla sin duda alguna en perfecto acuerdo para secundar aquellos planes.

Tal es el horizonte que hemos visto un día que algunos periódicos ingleses han podido atravesar las líneas prusianas.

Por el mismo conducto hemos recibido tambien el informe de M. Thiers, relativo á las negociaciones del armisticio.

Un hecho se destaca en este documento importante, y es la eterna acusacion de M. de Bismark contra el gobierno francés, sobre que opone obstáculos á la eleccion de una Asamblea.

S. M. el rey Guillermo no desea otra cosa que la paz entre dos de las naciones mas civilizadas del mundo; pero el gobierno de Paris se empeña en sostener una guerra que para la Francia no es ni será otra cosa que un desastre.

Para lograr la paz, el humanitario monarca consiente en el armisticio propuesto por las potencias; pero se niega á permitir la entrada de viveres, á menos que no se le concedan uno ó mas fuertes para tomar la plaza por medio de un bombardeo como el de Estrasburgo.

¿ Se puede dar una burla mayor de la proposición iniciada por las potencias?

Nada de esto es nuevo; pero el luminoso informe de M. Thiers pone en evidencia la mala fe con que M. de Bismark aceptó las negociaciones del armisticio reservándose romperlas cuando llegara el momento oportuno.

Ignoramos el efecto que habrá producido este Memorandum en el espíritu de las potencias mediadoras; pero á juzgar por lo que vemos, han debido dejar de insistir en una proposición que los jefes militares, según las palabras de M. de Bismark, consideraban perjudicial á sus intereses del momento.

Sea como quiera, el interés no está aquí ya: está en la lucha que los defensores de París han emprendido con tanto denuevo.

El continuo estampido del cañon que resuena en todos los ámbitos de la inmensa capital, nos dice que la fuerza, no las negociaciones, decidirá la cuestión pendiente.

Los parisienses se hallan hoy entregados á una confianza suma: confianza en sus jefes, en sus soldados, en sus guardias nacionales y movilizados; confianza en la guardia sedentaria, que espera en las murallas y en la población, que habiendo sufrido ya todas las privaciones, se muestra dispuesta también á todos los sacrificios que sean necesarios á una defensa.

¡ Cuán distinto es el aspecto que París presenta hoy al que ofrece por este mismo tiempo todos los años! Se acercan las fiestas solemnes de Navidad y de Año Nuevo. En los tiempos normales estos días se consagran ya á los preparativos de las fiestas; se visitan las tiendas á la moda; se hacen provisiones de preciosidades artísticas y de juguetes en casa de Giroux, de dulces en las famosas confiterías de Siraudin y de Boissier, de perfumes en casa de Guerlain, de chocolates escogidos en el pasaje de los Panoramas, etc., etc. Todo el mundo tiene la alegría pintada en el rostro, porque es preciso que el nuevo año nos encuentre contentos y satisfechos.

Hoy otros deberes imponen distintas necesidades. Un enemigo poderoso, terrible, implacable, tiene asediada á la gran ciudad del mundo moderno. Sus defensores han salido al campo: desde las calles se oye el estrépito de la batalla; uno de los jefes más ilustres ha dicho que no le volverán á ver en París sino « muerto ó triunfante; » por ambas partes los medios de acción son gigantescos: ¿ á quién sonreirá la victoria? Esta es la pregunta que está en todas las bocas y esta la preocupación que embarga todos los ánimos á fines del año de 1870.

MARIANO URRABIETA.

**Tan solo un sueño.**

**I.**

— ¡ Bella cabeza la de Carlos I de Inglaterra! es una de las mejores copias que has hecho.

— Por lo menos es la que ha salido más á mi gusto.

— Todo ha contribuido para que haya sido así; hermosa cabeza, pintada por las hechiceras manos de Wandick, y luego su larga melena y el recamado del traje...

— Que es precisamente lo que más me gusta hacer, diera tres partes de mi vida por pintar un cuadro histórico de la edad media, divinamente tocado el oro de los trajes, el acero de las armaduras...

— Y finalmente unos cuantos caballos como el de la derecha del cuadro de las lanzas, la expresión de Espinola y cuantas bellezas abundan en él. Pero dejando esto á un lado porque el tiempo vuela y para mí es precioso, vengo á despedirme de tí.

— ¡ Cómo! ¿ te marchas sin que haya hecho tu retrato?

— Ese menos tiempo pierdes; pero en fin, no es tan pronto, dentro de cinco ó seis días lo más, estaremos camino de Barcelona para embarcarnos en el primer buque que salga para Italia.

— Y en Italia ¿ á dónde vais?

— A Venecia.

— A Venecia; no tardaré mucho en seguirte, pero no tan feliz como tú.

— Sí, á la verdad nada deseo, nada quiero, el cielo oyó mis suspiros, me entregó la mujer que anhelaba mi corazón, y ya soy feliz. Un año hizo el día de santa Catalina que me casé con ella, y todo mi placer es pensar que nunca nos separaremos; Dios bendijo nuestra unión en la tierra, la cual existirá hasta en el prometido cielo.

— ¡ Ojalá sea así! deseo tu felicidad.

Los dos amigos se abrazaron, Julian le prometió no marchar sin dejarle su retrato, y Enrique desde lo alto de la escalera le volvió á recordar su promesa.

**II.**

Julian, joven todavía, apenas contaba veinte años, su figura dejaré á mis lectoras que á su placer se la descri-

ban, solo diré, que su traje y largo cabello convenia con sus pensamientos, los que para dar una idea de ellos podremos llamarlos románticos. Todas sus inclinaciones desde joven descubrian en él un genio poco comun, era sumamente aficionado á la pintura, pero su agitada vida no le permitió dedicarse á ella; pero Julian era poeta y tenia una precisión de trasladar sus inspiraciones, ó en lienzos por medio de los colores arrancados á la naturaleza ó bien en desordenados trozos de papel con versos que su mente le dictaba.

Este último plan fué el que siguió para dar rienda algun tanto á sus ideas. Poeta, por consiguiente enamorado; pero con ciegas creencias en dicha pasión.

Angela fué el objeto de su amor. Mas de un año ocultó en su corazón este fuego que le abrasaba, no podía mitigarle ni con las lágrimas que sobre sus versos derramaba, ni diciéndola su secreto torcedor; tal vez un funesto presagio detenía sus labios al quererlos manifestar, ó una mano poderosa oprimiendo su corazón ahogaba en él sus sentimientos.

Una noche en medio de terrible fiebre que le quemaba el cerebro, resecano las lágrimas de sus ojos y haciendo vagos sus internos gemidos atenuados por su extremada languidez recitaba solo en casa de Angela este soneto:

¡ Oh! temple mi dolor el loco llanto,  
Salte el laud con estallante ruido,  
Que harto tiempo el silencio ha carcomido  
Mi alma doliente y amorosa en tanto.

¡ Sal, pasión fiera, sin causarme espanto,  
Que ignoro cómo el pecho ha resistido  
Tanto placer, que él mismo se ha mentido,  
Celos, dolor, desgarrador quebranto!

¡ Paz en mi sien, Angélica hermosura.  
Selle tu labio que anhelante miro,  
Temple tu voz mi perenal tortura!

¡ Como á una flor que el sol en tardo giro,  
Secó radiante su vital frescura  
Que le torna la aurora que suspiro!

Angela le escuchó sin que él lo notase, y cuando hubo concluido le dijo con dulzura:

— Bien, muy bien; ¡ qué oprimido tiene Vd. el corazón! siendo como sabe su sincera amiga, ¿ podré sin pasar por indiscreta preguntarle el motivo?

Entonces Julian la declaró desordenadamente su volcánica pasión. Tal vez Angela fascinada ó por el fuego que sus ojos expresaban á par de sus palabras ó por la locura en que le veía, accedió dándole un beso en su pálida y abrasada frente. Poco tiempo despues estaban casados, y su hijo Carlos era el reflejo de su imponderable pasión.

Julian en este estado, que es donde empieza nuestra historia, resolvió pasar á Venecia: la hermosa Venecia, la que en su fantástica imaginación tan agradablemente se habia dibujado, bajo un hermoso vuelo de melancolía perdida y vagorosa. Allí fué su primer viaje así que sus cortos recursos se lo permitieron. Pues ya se sabe que el poeta y el dinero andan muy separados. Poco tiempo se tardó en encontrarse á la merced de los vientos y á la inquietud de las olas.

Julian pasaba los días paseando sobre cubierta leyendo á su inseparable Calderon, á Lope de Vega, Rioja, Byron, Hoffman y el fantástico Fausto de Goethe, y otra porción de obras que componian la mayor parte de su reducido equipaje. Era dichoso, su adorada Angela, su hermoso Carlos, sus libros, su viaje á Venecia y sus inteligibles manuscritos era todo cuanto habia deseado; todo lo poseia en aquel momento.

¡ Pero cuán poco duradera es la felicidad! ¡ qué presto pasan las dichas! ¡ cómo hallándose en este estado alarga más cada día la muerte sus agitados pasos, trayendo delante de sí innumerables espectros fantasmás de maldición que le rodeen y le martiricen con males su tranquilidad!

**III.**

No bien se encontraron nuestros viajeros en alta mar, cuando el cielo amagaba devastadora tormenta con ejércitos de negras, alineadas y preñadas nubes que á descomunal batalla desafiaban á la mar con sus encendidos relámpagos, primeros toques de la corneta que anuncia la batalla. Comenzaron á tronar y retronar ya lejos, ya cerca, ya sobre el buque cuyo hinchado lino hacia columpiar quince marineros para sujetarle, á cuyo estrépito parecia retemblaban hasta las mismas aguas. Estas, siguiendo el ejemplo de sus competidoras nubes, comenzaron también á agruparse en disformes olas que se amontonaban y crecian y reventaban ó se estrellaban avaras contra el indiferente bergantin.

— ¡ Julian! gritó Angela al ver los preparativos de la horrible acción que iban á dar los elementos, de la que los despojos serian ellos; ¡ Julian, por Dios vivo, ocúltate!

— Por lo mismo, déjame gozar de este suntuoso espectáculo extraño á mis ojos.

Esto dicho apresuradamente abrazó é imprimió un ósculo de paz en el carmin de los labios de Angela, y el naciente cabello de su hechicero y dormido Carlos. Cerró la puerta del camarote y erizado de terror y deseo de ver como se aumentaba la tormenta, se asió de una cuerda sobre cubierta á contemplar.

La tempestad seguia sonora y violenta, las olas cruzaban atropelladamente sobre el buque, silbaba el viento en las cuerdas que á veces rotas venian á azotar el remojado cuerpo de Julian, que nada sentia embebecido con ser actor de tan terrible escena. Oía confusamente á par del reluchar bramando olas, viento, truenos y juramentos de los marineros, en su imaginación las súplicas y plegarias que la amorosa y tímida Angela dirigía á la madre de Jesucristo por la vida de su hijo y esposo; mil ideas se agolpaban, huían, se desvanecian y tornaban agigantadas y pavorosas á su mente.

Un estallante chasquido vino á sacarle del estado de ideas en que estaba.

— ¿ Será tal vez el buque que se haya abierto y la mitad de mi alma estará ya pronta á perecer, ó el viento habrá tronchado los anchos palos en que fundamos nuestras esperanzas para arribar pronto al punto deseado?

En estas y otras reflexiones la claridad del cielo se iba notando, el viento más dulce soplabá y el trueno que ya más lejano se dejaba sentir restituyó su calma. Cuál fué su contento: todas sus esperanzas se renovaron, más hermosa la luz del día y una existencia más larga y dichosa: tal como el cristiano corazón cuando se encuentra el sábado santo en el suntuoso templo que antes vió brillar ricamente alhajado, y ora cubierto de luto, tristeza y oscuridad y en vez de herir sus oídos la alegre campana se halla sustituida por la desabrida carraca que cascada le aumenta su tristeza, viene á sorprenderle en medio de ella el Gloria in excelsis Deo acompañado de orquestas, campanas, coros, y luz que entra por los rosetones que ocultaban las ya caídas cortinas.

**IV.**

Un momento despues todo era ya calma y todo alegría, Angela estaba en los brazos de Julian que la encontró orando al pie de la cuna del niño cuidando no se desvelase; todo habia pasado ya al parecer sin funesta desgracia. Despues de aquellos primeros momentos de entusiasmos amorosos pidió Julian que le dejasen solo, se colocó sentado á su placer en la cama, acercó la mesa, cubrióla con una manta y cogiendo algunos papeles de sobres ó lo que más á mano encontró púsose á escribir lo que no hacia muchas horas acababa de ver.

Aquella misma noche concluyó su composición, la leyó como de costumbre á su esposa, sin cuyo voto no podia pasar, pues decia « todo para ella y por ella. » Fué de su gusto y entonces dijo Julian:

— Concluyamos la obra ó ponla en música ó recuerda con cuál podrás lo más pronto posible cantármela al arpa.

No tardó mucho la complaciente é inteligente Angela en proporcionarle tan corto como satisfactorio placer para Julian.

Angela sentada, dulcemente sonaba las cuerdas de tan hermoso instrumento. Julian frente de ella tenia apoyada la cabeza sobre la mano y esta en una mesa, con la otra sostenia por la cintura y su hijo Carlos que sentado en su muslo miraba á su madre como queriendo comprender que era aquella celestial armonía que arrebatado tenia á su joven padre. Angela desplegó su hermosa voz y cantó:

Bramó cual ronco toro,  
Entre vapor azul, ceniza y oro  
El raudo torbellino que pasando,  
Con sus latientes alas azotaba  
Las olas que agitaba  
A compás de las cuerdas que estallando  
Aunque estremecía,  
Mientras sereno en otras sonreía.

Yo sentí conmoverse  
Mi cuerpo al estampido,  
Que hacia entre las nubes al romperse,  
Con violento estallido  
El horrisono trueno,  
Entre cárdena luz sulfúrea banda,  
Cuyo preñado seno  
Me mostraba ya rígida, ya blanda  
La tempestad sonora,  
Que iba rodando de la mar señora...

(Se concluirá.)

El general Vinoy.

El general Vinoy es uno de los oficiales generales mas estimados que cuenta el ejército francés. Su pasado presentaba sin duda los servicios de una carrera muy distinguida, cuando fué llamado al mando de uno de los dos cuerpos que se enviaron al mariscal MacMahon para completar el efectivo de su ejército; pero la operacion que hasta el día ha dado mayor renombre al general Vinoy es la inteligente retirada que salvó del desastre de Sedan al cuerpo que mandaba y que condujo á Paris, como el último resto que quedaba libre de los ejércitos franceses.

Es menester haber estado en Paris para saber cuál era la ansiedad con que en la primera quincena de setiembre la poblacion esperaba los telegramas concernientes á la marcha del general y de sus tropas.

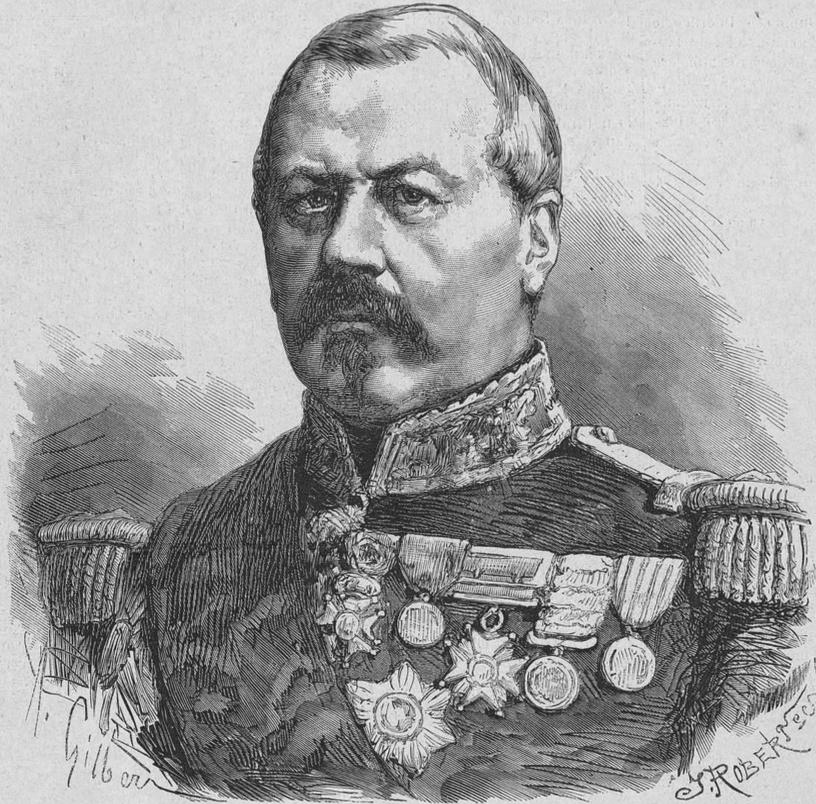
Temíase otra desgracia, y los parisienses se preguntaban si la avalancha de los ejércitos prusianos, mediante una marcha forzada sobre un punto determinado, no lograria tambien cortar el camino á las últimas tropas que quedaban.

El general Vinoy, gracias á la rapidez y habilidad de sus evoluciones, su po librarse felizmente de tan gran peligro y fué recibido en Paris con un gran entusiasmo.

Hasta los enemigos han hecho justicia á las brillantes cualidades que desplegó el general Vinoy en una ocasion tan comprometida.

Desde el principio del sitio el general Vinoy es quien ha mandado las tropas que han defendido la parte de Paris mas acosada por los prusianos. En los combates de Chailion, de Villejuif y de Bagneux, ha dado muestras de las notables facultades que le distinguen.

El general Vinoy acaba de ser llamado al mando del



El general Vinoy.

tercer ejército y se ha instalado en la Escuela del estado mayor, centro de su mando.

La acogida que se le ha hecho ha sido muy simpática. Los generales Vinoy y Ducrot son los dos oficiales superiores que poseen la confianza de la tropa.

Al despedirse del 13º cuerpo, el general Vinoy le ha dirigido el 11 de noviembre una orden del día que dice lo siguiente:

milicia tienen para nosotros un interés de actualidad que no debemos perder de vista. Bajo este concepto damos una vista del parque de artillería de reciente creación situado en la plaza Fontenoy, limitándonos á decir que las nuevas construcciones se hallan añadidas á la Escuela militar y no destruyen en nada la armonía del edificio.

P

El parque

DE ARTILLERIA DE LA ESCUELA MILITAR.

Todos los establecimientos públicos relativos á la milicia tienen para nosotros un interés de actualidad que no debemos perder de vista. Bajo este concepto damos una vista del parque de artillería de reciente creación situado en la plaza Fontenoy, limitándonos á decir que las nuevas construcciones se hallan añadidas á la Escuela militar y no destruyen en nada la armonía del edificio.

P

El parque

DE ARTILLERIA DE LA ESCUELA MILITAR.

Todos los establecimientos públicos relativos á la milicia tienen para nosotros un interés de actualidad que no debemos perder de vista. Bajo este concepto damos una vista del parque de artillería de reciente creación situado en la plaza Fontenoy, limitándonos á decir que las nuevas construcciones se hallan añadidas á la Escuela militar y no destruyen en nada la armonía del edificio.

P



El parque de artillería de la Escuela militar.

Las líneas prusianas

DE MONTMORENCY Á MAISONS-LAFFITTE.

Damos un panorama que representa de una ojada el conjunto de las posiciones ocupadas por los prusianos en todo el vertiente norte de Paris que va de Montmorency á Maisons-Laffitte.

Todos los días oímos hablar de las obras del cerro Pinson, de las baterías del molino de Orgemont y de las fortificaciones de Argenteuil. Los prusianos, incansables trabajadores, han hecho efectivamente obras enor-

mes en torno de Paris. Han puesto en práctica el aforsismo del general Tolleben, quien ha dicho que en un sitio, lo principal que habia que hacer era remover tierra.

En todos los puntos importantes del territorio que ocupan los prusianos han hecho en verdad prodigiosos esfuerzos; pero hasta ahora podemos decir que todas sus obras, así como las de los franceses, parecen tener por objeto la defensiva mas que la ofensiva.

En suma, desde hace dos meses los prusianos no se han propuesto otra cosa que el bloqueo completo de la capital de Francia.

P. P.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

XVII.

ACEPTADO POR EL PADRE Y NO POR LA HIJA.

Después de muchos días de espera, por fin llegó una carta que anunciaba el regreso de Gracia Garden, y decia que la joven esperaba ver á Enrique Little en la mañana siguiente.

Argenteuil.

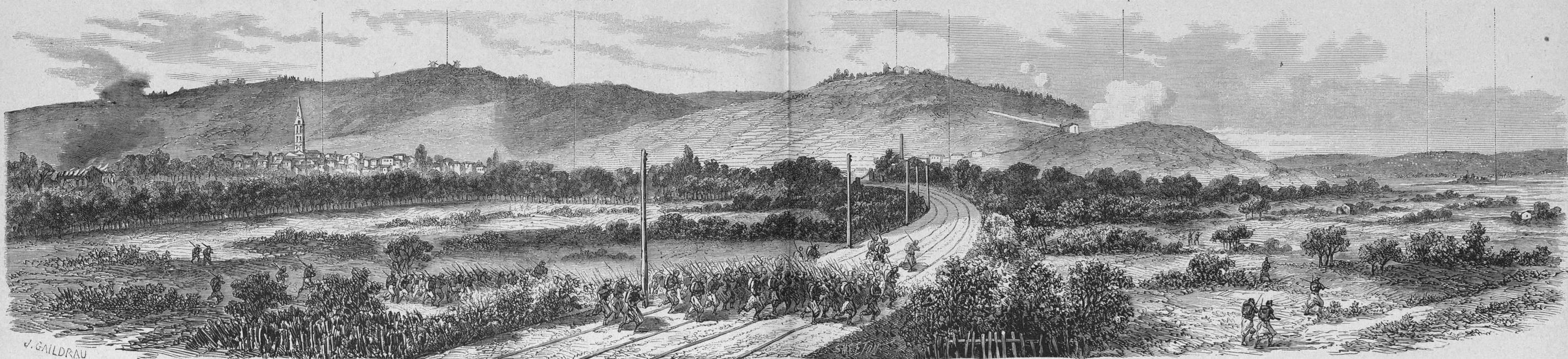
Alturas de Sannois.

Francs-tiradores.

Ferro-carril de Argenteuil. Molino d'Orgemont.

Bateria prusiana.

Llanura de Gennevillers, Montmorency.



SITIO DE PARIS. — Panorama de las alturas ocupadas por los prusianos, desde Montmorency hasta Maisons-Laffitte.

Enrique se presentó á la hora y fué recibido con sonrisas y miradas que respiraban la felicidad, en tanto que los labios de la jóven murmuraban palabras que la indemnizaban de la ausencia.

Después de los primeros trasportes, Gracia que habia observado en las facciones del jóven una palidez inusitada, le preguntó la causa.

— ¿Habeis estado enfermo?

— No por cierto, contestó Enrique.

— ¿Ni habeis tenido pesares ni inquietudes?

— Un poco al principio, pero vuestras cartas me tranquilizaron.

— Entonces será el trabajo...

— No hay duda que el oficio de inventar es muy duro.

— ¿Qué inventais?

— Muchas cosas. Una máquina para fabricar hachas, otra para afilar las sierras circulares, un aparato para enlazar los wagones en los ferro-carriles... ¿qué sé yo? Pero todo eso debe interesaros poco.

— ¡Ah! ¿Pensais que no me interesan vuestros asuntos?

— Pues os confieso que esas invenciones me preocupan en grande. Tarde ó temprano pueden darme una fortuna y ya sabeis cuánto la deséo.

— Sí, pero sé que deseais mas aun la independencia y por esa razon os estimo mucho. Trabajad, pues, no os canseis demasiado, porque me hariais aborrecer vuestras invenciones.

Y sobre esto el jóven sonriéndose de felicidad, se puso mas encarnado que antes estaba pálido.

Pasaron juntos una hora deliciosa y al separarse, sus manos y sus miradas permanecieron unidas largo rato.

Los Garden debian dar una comida algunos dias después.

Gracia pidió á su padre permiso para convidar á Enrique.

— ¿Es presentable ese jóven?

— Mucho que lo es, contestó Gracia ruborizándose. Puedo aseguraros que la madre y el hijo son superiores á la mayor parte de nuestros amigos de Hillsborough.

— Corriente, repuso M. Garden; pero ¿no me habiais dicho que estaba reñido con M. Raby?

— Reñido, no; M. Raby que es su tio, como sabeis, le ofreció que viviera con él y nombrarle su heredero; mas él prefirió conservar su independencia y no deber su fortuna sino á sí mismo.

— Nada mas laudable. Si creéis que no lo lleve á mal nuestro antiguo amigo podeis convidarles. Me acuerdo que en otros tiempos su madre era una mujer muy hermosa.

Enrique y Mrs. Little fueron pues convidados.

El jóven fué bien mirado por las señoras; sin embargo, todas observaron que se extasiaba ante miss Garden, lo que dió margen á algunas murmuraciones.

El secreto que no habia adivinado el padre fué descubierta en algunos minutos por una porcion de jóvenes de diez y siete años.

Enrique y su madre hicieron por esta comida una visita que devolvió á Mrs. Little Gracia Garden.

Enrique adelantaba mucho y veia con gran placer que su madre y Gracia simpatizaban.

Un horizonte de prosperidad parecia abrirse para este amor, cuando fué turbado por M. Coventry.

Las esperanzas de este gentleman se habian reanimado durante su estancia en Lóndres.

Miss Garden habia estado con él tan afable que llegó á creer que habia suplantado á Enrique Little.

Los hombres mas experimentados suelen engañarse con las apariencias.

La verdad era que Gracia contentísima con las cartas cotidianas que recibia del hombre que amaba, no tenia valor para maltratar al otro adorador de sus encantos, sobre todo cuando conocia que le debia algunas consideraciones.

Hé aquí la ilusion de M. Coventry.

Después de la marcha de Gracia se habia quedado en Lóndres por sus negocios; pero escribió á M. Garden una carta muy atenta en la cual le pedia formalmente la mano de su hija.

M. Garden se esperaba la demanda hacia tiempo y se quedó tan satisfecho como poco sorprendido.

Inmediatamente mandó á decir á su hija que tenia que tratar con ella un asunto importante.

Gracia se estremeció y mil conjeturas hicieron palpar su corazon de jóven enamorada.

— Mi querida Gracia, la dijo sois la única alegría de mi casa. ¿Necesito deciros que veo con dolor el momento en que tendremos que separarnos?

— ¿Y por qué nos hemos de separar? exclamó la jóven echándole al cuello los brazos.

M. Garden besó á su hija en la frente y mientras acariciaba sus hermosos cabellos rubios, contempló un instante aquella frente mas tersa que el mármol y aquellos ojos de un azul sombrío que le miraban suplicantes.

— Nuestra separacion, la dijo, es natural, una vez que esteis casada. Yo estoy en el deber de buscaros un buen partido y ahora se presenta uno que creo ofrece las mejores condiciones...

— Pues lo siento mucho.

— Esperad que acabe: es M. Coventry de Bollinghope.

Gracia suspiró.

— ¿Qué es eso? continuó M. Garden; parecíame que en otro tiempo no os desagradaba.

— Ni me desagrada ahora; pero sí como esposo.

— Lo siento, pero no conozco otro á quien confiaria con mas gusto vuestra felicidad.

— Querido padre...

— Además habla el buen inglés, en tanto que todos los manufactureros de Hillsborough apenas son presentables en la sociedad de Lóndres.

— Querido padre, M. Coventry es un gentleman consumado que me dispensa mucha honra solicitando mi mano; pero debo renunciar á ella. Se ha dirigido á vos con la esperanza de que me impondrais vuestra voluntad; no será así ¿no es verdad, padre mio? No querriais hacer la desgracia de vuestra hija única que os ama tanto.

— No, seguramente; no permitiré que hagais una boda imprudente, tampoco os obligaré á que os caseis contra vuestra voluntad.

— Pues bien, querido padre, no me casaré jamás sin vuestro consentimiento. Lo primero es no tener prisa; á los diez y nueve años no veo la necesidad de arrinconarme en Bollinghope.

— Podeis estar segura de que no os arrinconaré en ninguna parte. Mi casa sin vos estará bien triste. Pero decidme lo que debo responder á M. Coventry.

— A vuestro gusto; confio en que sabreis dorar la píldora.

— Pues bien, le diré...

— Veamos primeramente lo que él dice.

Y habiendo hablado así, Gracia tomó la carta que su padre habia dejado encima de la mesa y la leyó atentamente con la esperanza de encontrar alguna palabra que le abriera camino para hablar de Enrique Little.

Sin embargo, aunque la carta no era presuntuosa, nada dejaba traslucir que M. Coventry temiese un rival.

Gracia se mostró afectuosa y zalamera como nunca.

Confesó que habia sido imprudente, que habia alentado á M. Coventry quizás algo mas de lo que tenia intencion; pero contaba para neutralizar su atolondramiento con la cordura de su padre y le suplicó que la sacara de aquel apuro.

M. Garden doró cuanto pudo la píldora al responder á M. Coventry, asegurándole que Gracia no amaba ciertamente á nadie tanto como al gentleman, que la hacia el honor de pedir su mano, y que él por su parte no conocia á nadie á quien pudiese confiar mas gustoso la felicidad de su hija.

Concluida la carta se la presentó á Gracia, que sin querer leerla le dijo:

— Tengo confianza en vos.

M. Coventry al acusar recibo de esta carta, dió gracias á M. Garden por la cortesía con que le habia asutado un golpe tan cruel, y añadió que antes de condenar al olvido aquel asunto, tenia que hacerle una comunicacion verbal y que estaria de vuelta en la quincena.

Entre tanto Enrique y Gracia se encontraron de nuevo en sociedad, y el jóven pudo bailar con su mada.

Aquel wals inauguró una nueva era en su amor.

Fué como un torbellino de éxtasis en el que los piés de los dos amantes no tocaban al suelo, y en el que estrechamente enlazados se sentian como arrebatados á regiones desconocidas.

Cuando se detuvieron con las demás parejas, la jóven permaneció colgada del brazo de su amante, diciéndole con los ojos todo el amor que rebotaba su alma.

M. Coventry llegó de Lóndres y la misma noche de su llegada se encontró en el club con M. Garden.

Al ver al pobre gentleman extendido en un sillón con el aire triste y desanimado, M. Garden le tuvo lástima.

No sabia cómo llegarse á él; pero M. Coventry con su soltura de costumbre se levantó y le alargó una mano, que M. Garden estrechó repetidas veces.

— Valor, le dijo; la situacion no es desesperada.

M. Coventry cayó otra vez en el sillón meneando la cabeza, y M. Garden sentándose tambien, continuó diciendo:

— No es como si hubiera otro amor...

— Hé ahí vuestro error. Hay otro amor, al menos yo tengo mis razones para creerlo.

— ¡Ah! Explicaos.

— No ignorais que hace mucho tiempo obsequiaba yo respetuosamente á miss Garden y podia creer sin presuncion que no rechazaba mis homenajes. No era yo el único de esta opinion. M. Raby que nos habia visto juntos nos reunió en Raby-hall para las fiestas de Navidad; allí mis atenciones se aumentaron y me atreví á decir que fueron bien acogidas.

— ¿Pero fueron comprendidas?

— Perfectamente, puedo afirmarlo.

— En ese caso tarde ó temprano se casará con vos, pues yo estoy seguro de que no ama á otro. Gracia no sabe engañar.

— ¡Ah! ¿Hay mujer que no sepa engañar?

— ¡M. Coventry!

— Perdonadme ó permitidme que me explique. Todas las mujeres son reservadas y esa reserva las inclina á disimular á pesar suyo... os pido que me escuchéis hasta el fin... El dia de Navidad acompañé á miss Garden á una excursion que hicimos al pico de Cairnhope; la señalé Bollinghope en el valle y la pregunté si la agradaria ser el ama.

— ¿Y qué respondió?

— Presentó algunas objeciones propias de una señorita bien educada; pero al cabo consintió.

— ¡Cómo! ¿Os prometió que seria vuestra esposa?

— No terminantemente; pero me afirmó que estaba convencida de mi amor y me autorizó para que os pidiera su mano.

— ¡Diantre! Eso equivale á una promesa.

— Me felicito de que en ese punto estemos de acuerdo. Como decis, es la forma ordinaria de un compromiso. Desgraciadamente sobrevino una tormenta de nieve que todo lo echó á perder.

— Sí, me lo habeis contado.

— No os dije todo. Estuvimos separados algunos minutos, y cuando volví á ver á miss Garden, era en una iglesia ruinoso donde un herrero habia establecido una fragua. La verdad me obliga á manifestaros que la encontré en los brazos de aquel herrero. Al pronto no dí á esto una grande importancia. Todo hombre tiene derecho para socorrer á una mujer que se halla en peligro de muerte; pero descubrí que miss Garden y aquel hombre se conocian y no tardé en convencerme con horror, de que aquel hombre ejercia sobre ella una influencia extraordinaria.

— ¿Qué quereis decir? Semejante insinuacion...

— Dispensadme, no tengo intencion de ofenderos. Pensad que si la verdad os hiere, mucho mas cruel es para mí. Debo añadir que el herrero no era lo que parecia. Es una especie de Proteo que toma todas las formas, obrero, artista, industrial. En la época de que se trata fabricaba instrumentos para pulir; hoy fabrica por su cuenta no sé qué. En resumen, no podriais imaginar el efecto que aquella entrevista produjo en miss Garden. Al otro dia repetí mis instancias y las acogió friamente. Mas aun: las evité y hasta llegó á decirme que no se habia comprometido y que no queria casarse sino dentro de dos años. Debo añadir que aquella resolucion no era suya, sino que le fué sugerida por aquel hombre llamado Little, que al salir de la iglesia la pidió que le esperase dos años. Eso lo oí yo.

— ¡Little! exclamó M. Garden con sorpresa; ¿es el sobrino de M. Raby?

— El mismo.

M. Garden se quedó confundido.

No quiso confesar á M. Coventry cuánto le chocaba la conducta de su hija; pero al cabo de una pausa exclamó diciendo:

— Si lo que me decis es la exacta verdad, impondré mi autoridad paterna y cumplirá su compromiso á pesar de todos los Little del mundo.

— Os suplico que no seais muy severo.

— Seré muy justo.

— Creo además que en la familia de ese jóven hay muchos locos, murmuró Coventry con una indiferencia afectada.

— Sí, el padre se suicidó; pero esas consideraciones son secundarias. Mi hija cumplirá su compromiso como yo cumplo los míos.

## XVIII.

### EXPLICACIONES.

En la mañana del dia siguiente, Gracia no bajó á almorzar porque padecia de jaqueca; pero á la hora del luncheon la jóven, que esperaba á su amado, se presentó adornada con todos los encantos que podia añadir á su belleza un precioso traje.

— Gracia, la dijo M. Garden, cuando se concluyó el servicio, ¿qué pensais de una mujer coqueta?

— Pienso que es una criatura abominable, contestó la jóven con aire distraido y como si recitara una leccion.

— Pues bien, hija mia, eso sois vos, y lo siento con toda mi alma.

— ¡Padre mio!...

— ¿No conoceis á nadie que tenga derecho para calificarnos así?

— Espero que no.

Sin embargo, Gracia al contestar así, se puso muy encarnada.

— Habeis aceptado los homenajes de M. Coventry.

— Aceptado no; lo único que temo es no haberlos rechazado tan francamente como habria debido y querido. ¡Si se pudieran prever todas las cosas!

— ¿Os acordais del dia de Navidad?

— No puedo olvidarlo.

Y sus megillas se encendieron mas aun.

— ¿Es cierto que M. Coventry os ofreció su mano aquel dia?

— Sí.

— ¿Y que aceptásteis?

— Eso no. Si os lo ha dicho, no ha hablado con verdad. Yo vacilaba, lloraba, no dije ni sí ni no, porque en realidad no sabia lo que hacia... ¡Oh! padre mio, tened piedad de mí, salvadme.

En aquel momento la grana de sus megillas se convirtió en una palidez mortal.

Aquel dolor penetró en el corazon de M. Garden; pero el padre queria saber toda la verdad de lo ocurrido.

— ¿Creéis que podriais amarle con el tiempo?

— Jamás.

— ¿Y por qué?...

— Porque...

— Gracia, no me ocultéis nada, otro es vuestro amor.

— Sí, padre mio.

Aquí volvió otra vez el fuego á las megillas.

— Y ese amor os avergüenza, segun veo.

— ¡Yo avergonzarme de él! exclamó la joven con acento firme; lejos de eso, mi amor me enorgullece. Es muy superior á M. Coventry y á todos los hombres del mundo.

— No, Gracia, no puede enorgulleceros esa pasión, porque de ser así no la habríais ocultado tanto tiempo á vuestro padre.

Y M. Garden suspiró.

Entonces Gracia rompió á llorar y se arrojó sollozando á los pies de su padre.

— Hija mía, no os hago reconvenções, lo único que quiero es aconsejaros.

— ¡Oh! padre mío, quiero morir.

— Vamos, niña, calmaos, y hablemos formalmente.

En este instante un campanillazo no violento, pero sí vigoroso, resonó en la puerta.

La joven se estremeció y exclamó con acento de terror:

— ¡Oh! padre mío, decidme á mí lo que queráis, pero á él... pues tanto valdría clavarme un puñal en el corazón.

Un criado anunció á M. Little.

Gracia se levantó bruscamente y se quedó de pié con las manos crispadas sobre el respaldo de la silla, con las mejillas pálidas y los ojos brotando fuego.

M. Garden, sorprendido al verla, dijo con voz serena al criado:

— Que entre en la biblioteca.

Y cuando el criado salió y cerró la puerta, M. Garden se acercó de nuevo á su hija y la dijo:

— ¿Con qué es tan serio?

— Querido padre, no tengo palabras para deciros cuánto le amo; pero si le maltratais, si le alejais de mí, vereis hasta dónde llega mi amor... Sí, lo vereis por mi muerte.

— ¿Con que debo resignarme á ver que fracasan mis proyectos?...

— ¿Qué importa, si este os honra mas que el otro?

— Pero en fin; no tiene posición, y un hombre sin posición no será jamás esposo de mi hija.

— Puedo esperar, dijo Gracia tímidamente.

M. Garden contempló un momento á su hija arrodillada delante de él y no pudo resistir á su emoción.

— ¿Con que no queréis escuchar la voz de la razón? dijo M. Garden.

— La escucharé si vos escuchais la del cariño.

— Pues bien, prometedme que no adquirireis un compromiso formal y os prometeré que le vereis de tiempo en tiempo.

— Os lo prometo, padre mío.

Esta proposición, aunque poco generosa, superaba tanto sus esperanzas, que Gracia consintió inmediatamente.

M. Garden dió un beso á su hija y se levantó para ir á ver á Enrique Little; pero apenas habia andado algunos pasos, Gracia le detuvo del brazo y le dijo con voz suplicante:

— Padre mío, acordaos cuando le habéis de que sin él yo no existiría. Le debo la vida, como M. Coventry le debe la suya; M. Coventry parece olvidarlo, pero vos no lo olvidareis. Pensad que mi corazón palpita en su pecho.

— Quedareis contenta de mí, dijo M. Garden.

Y Gracia debió darse por satisfecha con aquella seguridad.

Cuando se abrió la puerta de la biblioteca, Enrique Little experimentó un movimiento de alegría, que reprimió al instante á la vista de M. Garden.

Este no fué insensible á aquella manifestación de un amor tan verdadero y que sabia era correspondido.

Adelantándose hácia el joven le dijo sonriendo:

— Perdonadme, caballero, si os causo una decepción. Soy el padre en vez de ser la hija.

Enrique se quedó algo cortado.

— M. Little, prosiguió M. Garden, he sabido que dirigís vuestros homenajes á mis Garden. ¿Es cierto?

— Sí, señor.

— ¿Y por qué no me lo habeis dicho?

La confusión del joven creció de punto, y respondió vacilando:

— Perdonadme, caballero; he vivido hasta el día en una sociedad en la que el hombre acostumbra á cerciorarse del amor de una joven antes de dirigirse á sus padres. Además, yo conocía que aun no era tiempo para mí de alcanzar la felicidad á que aspiro.

— ¿Y por qué?

— Porque no soy un partido digno de miss Garden; pero espero serlo algun día.

— ¿Y ella debia esperaros?

— Creo sin presunción que está resuelta á esperarme.

— Muy bien, os agradezco vuestra franqueza; pero mi papel de padre me impone deberes y temo no poderlos cumplir sin afligiros. Sin embargo, tened entendido que no entra en mi conducta ningun sentimiento desfavorable respecto de vuestra persona, no hago mas que sufrir la ley de la necesidad.

(Se continuará.)

## Cuadros de la guerra.

### ASPECTO DEL CAMINO DE MOUZON DESPUES DE LA BATALLA.

No se trata en estos estudios retrospectivos de batallas oficiales con un estado mayor en torno del vencedor

y algunos muertos haciendo efecto en primer término, todo ello destacándose sobre un fondo de humo para que el artista no se tome el trabajo de representar los regimientos. Son rápidos apuntes tomados del natural por un artista que acompañaba á una ambulancia, y que traza con toda exactitud todo lo que ha visto sin pretensiones de estilo y sin que su imaginación tenga nada que ver en el asunto. Podemos confiar en él. En esos diseños sobresale una cualidad muy notable: el asunto aparece siempre en su aspecto mas característico. Los detalles faltan quizás ó apenas están indicados, pero la impresión que resulta del cuadro es profunda y esto es lo importante.

Vamos á hojear las páginas de este periódico para contemplar las imágenes de esa horrible cosa que se llama la guerra. Hé aquí la *Batalla de Mouzon*. Se ve un vasto horizonte, tan vasto que casi desaparece la batalla. En el fondo del valle, el Mosa desarrolla sus sinuosidades. El revés de las colinas está cubierto con los bosques de Mouzon, y el de Faily ocupa las últimas cuestas. Las Tres Fuentes están hácia la derecha y las primeras casas de Villedunoy forman el primer término. Diríase que no hay nadie; pero por entre las hojas se distingue humo: son las bombas de los prusianos que incendian los bosques. Esa otra columna de humo indica las baterías francesas, y allá cerca de las Tres Fuentes están las baterías prusianas. Mirando bien á lo largo de los bosques se distinguen puntitos negros como hormigas: son los combatientes. Delante estalla una bomba. La naturaleza serena é impasible no parece conmovida con esa lucha furiosa: pronto se abrirá su seno profundo para los muertos de las dos naciones.

Tal es el aspecto general de una batalla vista á cierta distancia, como conviene para poder apreciar el conjunto; pero concluido el combate nos acercamos: ¡qué horrible espectáculo! Tomamos sin elegir entre los cuadros publicados una vista del campo de batalla de Bazeilles.

Todo el primer término se compone de un campo labrado y con árboles, detrás de los cuales asoman casas y principios de incendio, cuyo negro humo extiende en el cielo sus alas siniestras.

En el suelo yacen siete cadáveres en fila: las manos crispadas y tendidas adelante, movimiento instintivo del cuerpo ya abandonado por el alma y cuyos dedos quieren asir algo sintiendo que se hunden en el negro abismo de la eternidad. Cada cual ha caído segun el acaso de su herida, unos de espalda, otros de lado, otros boca abajo: las mochilas, los fusiles y los kepis ruedan aquí y acullá. La muerte los tiene como aplastados sobre esa tierra que pronto los tragará. Un solo cañonazo de flanco ha hecho esa matanza. El primero de la fila no tenia herida; cayó asfixiado por el paso de la bala. Nada mas siniestro y trágico que esos cuerpos tendidos en el surco como espigas segadas.

En el fondo están los furgones enganchados y montados por los artilleros enemigos. Este dibujo trasladado al lienzo haria un hermoso cuadro de una realidad terrible.

El *Aspecto del camino entre Mouzon y Bazeilles* nos muestra un episodio no menos lúgubre. Un convoy ha sido detenido en su marcha por el cañon enemigo, y es una espantosa confusión de carros rotos, de soldados muertos, de caballos tendidos de lado con las entrañas fuera... Los caballos toman con la muerte una traza espectral y fantástica. Pobres animales inocentes que el hombre asocia á sus fueros, á sus peligros, que nada comprenden y que caen con resignación cerca de sus amos. Esas víctimas de nuestras sangrientas locuras aumentan la tristeza y la desolación de los campos de batalla. Muchas veces, concluido el combate, se ve á los caballos cuyos jinetes han muerto, reunirse y apiñarse en un grupo de un efecto siniestro.

Describiremos el *Transporte de los muertos* por los prusianos.

Los últimos resplandores del crepúsculo se apagan bajo zonas de nubes en las que se destacan como puntos negros las bandadas de las aves de rapiña; los prusianos llevan los muertos en unas angarillas compuestas de cuatro palos. Eso basta. La rigidez cadavérica que invade tan pronto á los hombres que han perecido de muerte violenta, impiden que los cuerpos se doblen. La lúgubre procesion se continúa hasta la línea del cielo recortando con siniestros perfiles la triste claridad de la tarde.

En el terreno desigual por los montones de tierra de las sepulturas cubiertas á toda prisa, se distinguen como unos monumentos de un aspecto singular. Cerca de un casco de punta y de un uniforme, hay clavada en el suelo una espada cuya guarnición recuerda una cruz funeraria. El oficial encargado de contar los muertos pasa, toma nota del número grabado en el sable y de la carta cosida al capote, y así se forman las listas de las pérdidas del regimiento, y se puede responder con certeza á las familias. Los prusianos no olvidan nada. Cuando la matanza ha sido mas considerable entierran á los muertos alemanes y á los muertos franceses pié con pié sobre dos líneas en el fondo de una zanja. Nuestro artista M. Lançon ha dibujado una de esas zanjas abierta aun, y que ofrece un aspecto que hiela la sangre. ¡Ay! ¡tanto encarnizamiento, tanto furor, heridas monstruosas, sangre derramada á torrentes, y todo para dormir juntos en la misma zanja!

Hemos dicho heridas monstruosas; un dibujo de M. Lançon representa la curación de un herido en una iglesia trasformada en hospital de sangre. Una bala habia vaciado los dos ojos del infortunado que está tendido en una camilla en manos de los cirujanos y los

enfermeros; otra bala le habia fracturado el cráneo y por la abertura le salian los sesos; y en tal estado se habia arrastrado hácia la ambulancia guiado por un ruido de voces. Pues bien, ese hombre ciego, con los sesos á descubierto, hablaba y andaba; no sucumbió á sus espantosas heridas, quizás está ya sano, y vivirá, pero en una noche que jamás tendrá aurora.

No insistiremos acerca de los combates en las calles de Bazeilles. Eso ya no es guerra, es matanza, es exterminio con todos sus horrores. Los caníbales tienen al menos la excusa de que se comen á sus enemigos, lo cual dá al degüello un objeto *útil y práctico*. Por todas partes estallan bombas, los techos y las paredes se hunden y los cadáveres se amontonan bajo los escombros en charcos de sangre. Atila y sus hordas no debian hacer mas, y hasta puede decirse que la perfección matemática de la carnicería aumenta el horror que inspira. ¡Qué afrenta, qué oprobio ver que se aplican los medios de una civilización tan adelantada á esos actos de salvajes!

¿Hay algo mas terrible que ese dibujo que representa á los habitantes de Bazeilles conducidos al suplicio por el crimen de haber defendido sus hogares? A la cabeza del fúnebre cortejo figura un herrero atlético capaz de abrir de un martillazo el yunque de Vulcano, y que por su parte ha dado muerte á nueve alemanes. Sus brazos musculosos van sujetos con fuertes nudos de cuerdas; marcha al suplicio con la cabeza erguida, sin sentimiento, su muerte está vengada de antemano. ¡Oscuro héroe cuyo nombre no veremos en la historia! En la fila hay una mujer que tambien empleó las armas contra los prusianos. ¡Pobre heroína que va á morir fusilada! por un refinamiento de irónica crueldad, la música acompaña á los que van á morir, y los sanguinarios melomanos tocan quizás una marcha de Wagner.

Uno de los mas curiosos dibujos de M. Lançon es el hospital de sangre instalado en la iglesia de Mouzon. El lector comprenderá el efecto *rembranesco* de esas oscuras naves, de esas capillas en donde brillan vagamente los objetos de plata y de esas lámparas cuyos trémulos resplandores caen sobre los lechos de los heridos tendidos al pié de los macizos pilares. Uno de esos heridos pertenece á aquel escuadron de coraceros que ejecutó en la batalla de Reichshoffen, aquella carga de gigantes repetida tres veces, carga que habrian admirado los coraceros de la Moskowa y de Waterloo. Ahora bien, ese valiente, ese héroe, que se reía de la metralla y de las balas, que habia penetrado sonriendo en medio de la pelea, tenia miedo como un niño por la noche en aquella iglesia. ¿Miedo de qué? De la sombra, del silencio, de las apariencias fantásticas que se dibujaban confusas en los oscuros rincones, de los soplos leves que pasan como los cuchicheos de lo invisible, de los muertos dormidos bajo las losas, de las palpitaciones y el chisporroteo de las lámparas... Aquel hombre, hombre de alma tan intrépida, tenia miedo y como estaba gravemente mutilado y no podian trasladarle á otra parte, suplicaba que al menos dejaran á su lado algunos heridos para que le hicieran compañía y le tranquilizaran.

TEÓFILO GAUTIER.

## Las bombas de fuerza centrífuga

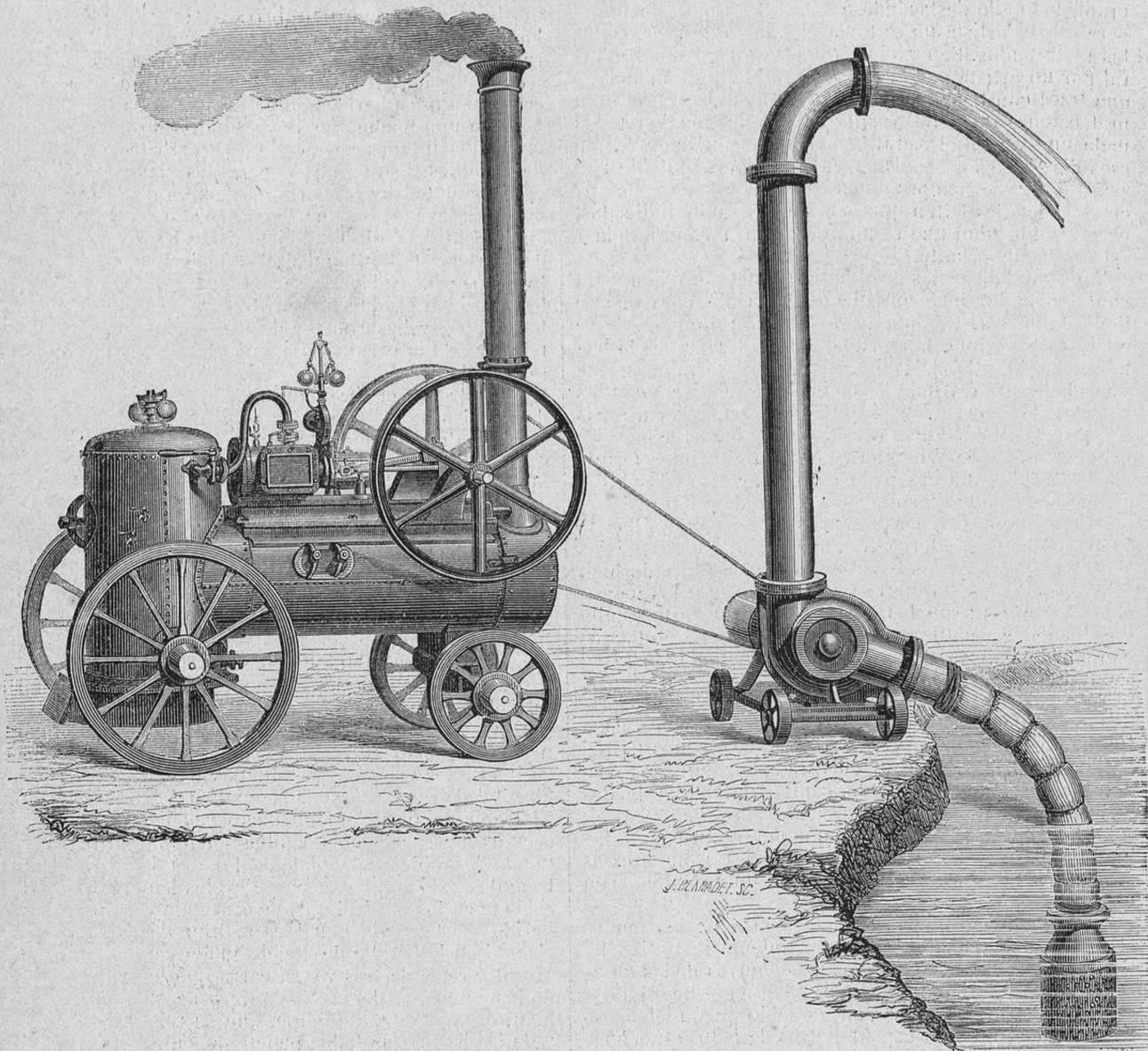
DE MM. NEUT Y DUMONT, APLICADAS Á LA DEFENSA DE PARIS.

En nuestro último número hemos dado una lámina que figura la instalación de las bombas Neut y Dumont en el fuerte de la Briche, para inundar los aproches de la plaza de Saint-Denis; y hoy consagramos otra página á la representación del detalle de estos aparatos nuevamente inventados y cuya descripción creemos interesará á nuestros lectores.

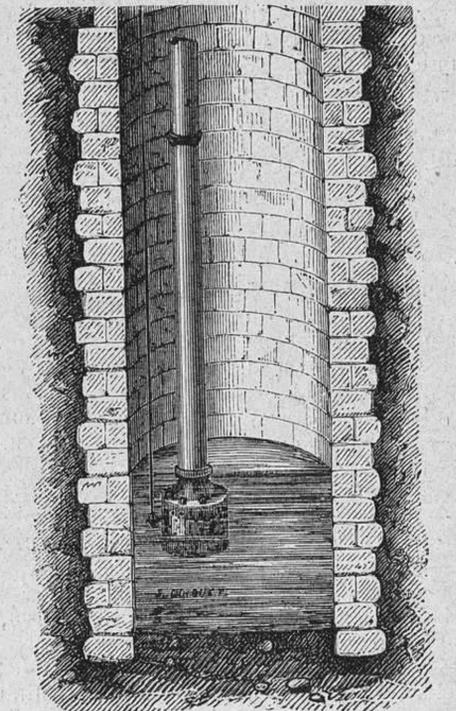
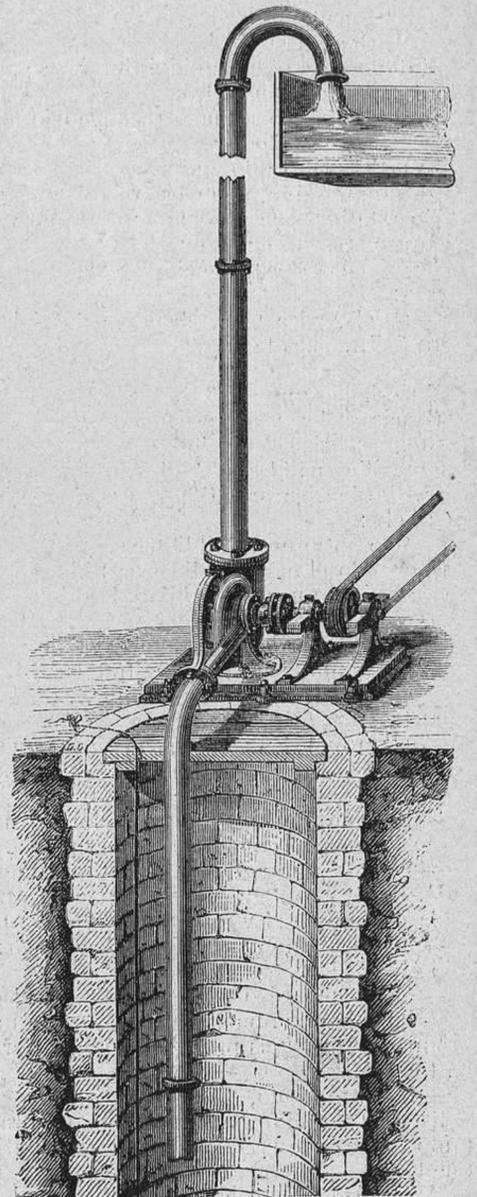
Las bombas de fuerza centrífuga son con efecto, relativamente recientes. La primera de ellas que llamó la atención en las exposiciones de 1851 y de 1855, invención de M. Appold, levantaba y hacia caer una masa de agua enorme.

El órgano esencial de las bombas centrífugas es una especie de ventilador de paletas curvas ó planas instaladas oblicuamente. La oblicuidad de las paletas y la fuerza centrífuga nacida de un movimiento de rotación muy rápido, rechazan con fuerza hácia la circunferencia el agua que penetra por el centro de la rueda y la llevan á un tubo de ascension por el cual se eleva á una altura tanto mayor cuanto mas poderoso es el motor que mueve las ruedas. Al mismo tiempo la salida del agua produce en torno del eje de la rueda una disminución de presión ó un vacío que el agua del receptáculo inferior tiende á llenar: otra agua reemplaza la que ha salido, y así la bomba centrífuga hace dos oficios. La altura de aspiración como la de rechazo, es proporcionada á la velocidad de la rueda. La forma de las artesas y tambien la forma de la cubierta de la rueda ejercen una grande influencia sobre el efecto útil y las artesas curvas adoptadas por Appold, son preferibles á las planas que han adoptado sus sucesores, sin duda por la aparente sencillez de la construcción.

Con esta clase de bombas se pueden elevar hasta 45,000 litros de agua por minuto á alturas de mas de 45 metros, lo que puede bastar á cubrir las necesidades de la industria mas grandiosa. Muchos ingenieros han tratado de perfeccionar este admirable instrumento.



Bomba de fuerza centrifuga con su motor, de MM. Neut y Dumont : sistema admitido para las inundaciones de la defensa de Paris.



Bomba de pozo para elevar el agua de 10 á 25 metros.

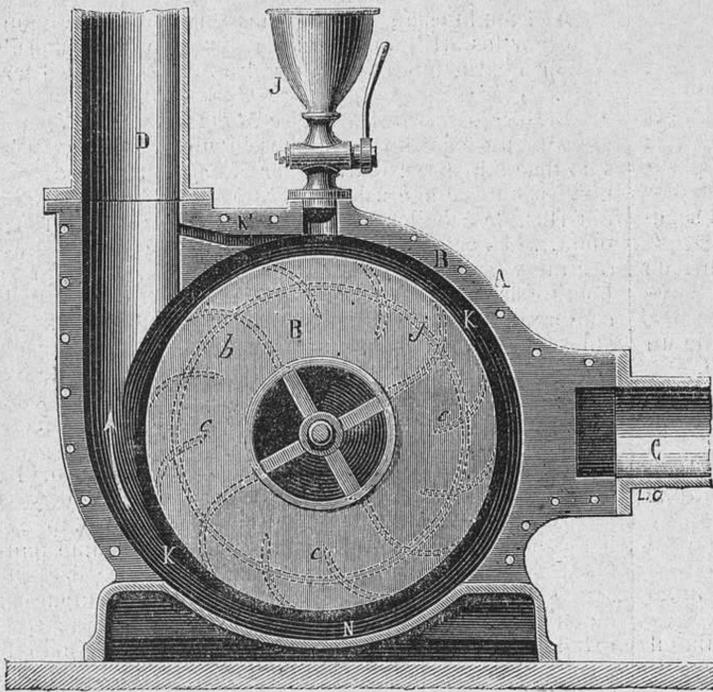
MM. Neut y Dumont de Lila, que han sido los últimos, se han acercado mas que nadie al tipo primitivo mejorándole tan felizmente, que M. Laboulaye ha podido decir en su *Diccionario de Artes y manufacturas*: todos los progresos se hallan resumidos en los progresos que ellos han adoptado y vamos á limitarnos á enumerarlos brevemente: paredes anulares para impedir los remolinos perjudiciales; el eje rebajado; caja de estopa siempre libre de aire; orificios de evacuacion; disposicion particular de las válvulas; empleo de las ruedas de friccion; bomba sifon, tubo con los perfeccionamientos introducidos por MM. Neut y Dumont y que hacen de sus bombas centrifugas el mas poderoso y mejor de todos los instrumentos.

Así ha sido que todas las industrias han acogido con extraordinario favor el nuevo aparato: obras públicas, manufacturas, riegos, fábricas de refino, de destilacion, de hilados, de blanqueo, tintorerías, talleres de construccion, papelerías, minas y altos hornos, etc. El gobierno de la defensa nacional ha aprovechado tambien esta maquinaria en las condiciones que ya sabemos.

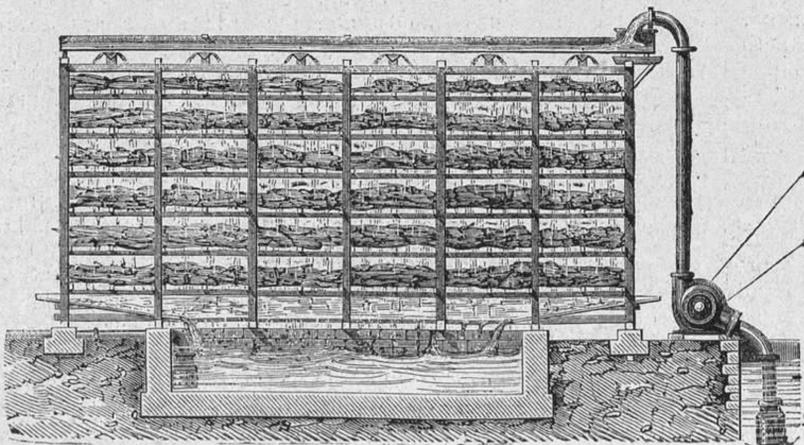
Por lo demás, nada puede dar mejor idea del inmenso desarrollo de la industria francesa que este hecho: MM. Neut y Dumont han entregado en tres años 4,500 bombas centrifugas, cuyo rendimiento variable de 200 á 230 hectólitros por minuto, ha sido por término medio de 20 hectólitros, en tanto que antes apenas se contaban en Francia 50 bombas centrifugas que funcionaban mas ó menos bien.

Todos los que se sirven de ellas concuerdan en proclamar que poseen en realidad las cualidades y ventajas que vamos á resumir en breves palabras.

- 1º Construccion sencilla y sólida, cuyas reparaciones son insignificantes;
- 2º Pequeño volumen, peso muy reducido, armadura fácil en algunas horas por un operario cualquiera;
- 3º Movimiento continuo y regular en todas sus partes, sin choques, y que dispensa por consiguiente de emplear cimientos;
- 4º Rendimiento de agua igual si no superior al de las bombas mas célebres;
- 5º Facilidad de aumentar ó de disminuir segun se quiera el rendimiento, aumentando ó disminuyendo la velocidad de rotacion;
- 6º Precio relativamente moderado, para que con un metro cúbico de agua elevado á 5 ó 6 metros de altura salga á menos de un céntimo;
- 7º Posibilidad de elevar 2,500 litros de agua por minuto á la altura de 20 á



Corte vertical, siguiendo el eje de los tubos de aspiracion y de rechazo.



Bomba aplicada á un refrigerante de faginas para las aguas de condensacion.

25 metros sin pasar de una velocidad de 750 vueltas;

8º y último. Paso ofrecido sin peligro á la arena, al cascajo y el fango y demás cuerpos extraños hasta 495 centímetros de distancia.

Por la única razon de que esta nueva bomba ocupa tan poco y tiene tan poco peso, no requiere fundacion y puede instalarse en un carro, se la puede reunir á máquinas locomovibles cuya fuerza es de 6, 8 ó 12 caballos, segun las cantidades de agua que trata de elevar, 400, 400 ó 600 metros cúbicos de agua por hora. Tambien se traslada fácilmente de un punto á otro, y en todas partes opera sus prodigios.

Ya hemos dicho en nuestro artículo anterior cómo funciona para la defensa.

A. M.



A. LANCÓN.

SMEYON

CUADROS DE LA GUERRA. — Aspecto del camino de Mouzon despues de la batalla.

## De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

(Continuacion.)

Sus movimientos se despegaban de las faenas rústicas, como los ánades pomposos rehuyen, esponjando sus blancas plumas, el cieno de las aguas encharcadas; y por último, cuando hablaba del campo y de Dios y de la vida que llevamos, y de esa existencia del gran mundo, que los aldeanos no vemos, y de las guerras y tumultos que allá pasaban; y hasta cuando trataba pláticas ó historias de amores, eran sus palabras tan extremadas y pulidas, tan concertadas y discretas, como las razones de los libros por donde leen los doctores y los sabios.

Y con todo eso, señorita, era mas afable y complaciente con sus compañeras y amigas que cada una de las otras doncellas de la comarca, y hasta conmigo tan buena y tan llana, que me daba á entender que, aunque hubiera sido el mas pobre de la aldea, me hubiera preferido como al de mas discrecion y entendimiento, y al de trato mas ameno y de mas señoril apostura de cuantos se habian presentado á sus ojos.

Aproximábase ya el término concertado de nuestros desposorios, cuando un caballero muy galan y rumbo, que tenia en este pais estados y rentas, y que pasaba una temporada en estos contornos con el objeto de mejorar su quebrantada salud, empezó á dar señales, no sé si por verdadera inclinacion de afecto, ó por distraer su ociosidad, de estar perdidamente enamorado de la que creyó nacida para acrecentar con su hermosura el número y la fama de las bellezas de la corte. No recató el galan sus demostraciones; antes, con descaño y arrogancia, aprovechaba toda ocasion de poner delante de mi futura esposa la gallardía de su persona y las gracias de su juventud y habilidad.

Pero, contra todo lo que pudiera esperarse, no solo no encontraron acogida en el ánimo de la doncella sus mal encubiertos propósitos, sino que ella cobró pesadumbre y susto y miedo de la vista y de la asistencia de aquel caballero, y ponía por obra todos los medios que le sugeria su discrecion para quedarse fuera del alcance de sus ojos. Hizo mas en esto, señora; confiome á mí aquella porfía y su pena, rogóme que, sin dar ruido de escándalo, procurase librarla de todas las ocasiones de ser vista y hablada de aquel mancebo; y el temor que de sus tenaces intentos le viniese algun motivo de afliccion ó pretexto de mala fama, fué parte para que, de comun acuerdo, y con el de nuestros padres, apresurásemos el dia de nuestra union deseada.

Poco faltaba para tan esperado instante, cuando una tarde volviamos los dos de cumplir un voto de romería al santuario que se ve desde aquí mismo, al otro lado del puente grande. Hermosísima estaba aquel dia mi prometida, y cortés y cariñosa y agradecida conmigo, á quien parecia reverenciar tanto como querer; efecto sin duda de la distancia de nuestros años. Debo decir, si bien, que aquella tarde la habia yo notado mas descolorida de semblante, mas caída de ojos, mas cavilosa y pensativa que de costumbre. Hicimos nuestra devocion, y volviamos, á la puesta de sol, camino de su casa, por la ribera del rio, y siguiendo la senda que faldea mas abajo este derrumbadero, cuando, llegados al punto correspondiente de este mismo tajo, acertó á pasar frente, y por la vereda de la otra banda, aquel gallardo cortesano, montado en un soberbio caballo. Iba en extremo galan y bizarro, y de cuando en cuando detenía el paso donde la arboleda le permitia ser descubierto, ó para vernos ó para que le miráramos como se lucia airoso trotando y plantando por la herbosa ribera. El enfado y obstinacion de aquella vista hizo que procurase mi novia acelerar el paso, y parecia aumentar la rara distraccion de su tristeza; pero hubo, sin embargo, un momento, en el cual, ó inclinándose sobre el camino para verle, ó para mirar si se habia alejado, ó distraida y embelesada en sus pensamientos, ó hurlando el cuerpo para no ser vista, que nada de esto supe de cierto entonces, ni tuve ocasion para averiguarlo mas tarde, sus piés resbalaron por el escarpe del rio, y desprendiéndose de mi brazo, que la tenia ligeramente asida, cayóse derrumbada al abismo de ese pozo, dando un grito de desesperacion, y llamándome á voces para que la libertara del trance seguro de la muerte...

¡Ay! prosiguió el Triste, con los ojos entonces mas bien descañados y ferales que llorosos, hasta este punto he podido encontrar palabras y contar detenidamente mi vulgar historia; pero ¡ay de mí! señora, que desde este trance se turba mi memoria con la vergüenza y el terror, como se anubló mi vida con la desgracia y con el castigo de mi abominable conducta...

— ¿Qué, Pablo?... interrumpió Sofia como viniendo en ayuda de la embarazosa perplejidad de aquel hombre, ¿no socorriste á la jóven desventurada?...

Tornó Pablo á mirar con ojos de espanto á Sofia, erizándose en la frente sus ya blancos cabellos, y luego,

tapándose el rostro con las manos, y postrando su cabeza contra el pié de aquella cruz, exhaló un ronco quejido, gritando en ronca voz:

— ¡No, señora!... ¿No lo sabe Vd.?... ¿No ha sido harto pública mi infamia y harto maldecida mi deshonra?... No, señora, no... A mí me tomó en aquel punto un vértigo de espanto, de terror, de miedo, de qué sé yo, señora, que nunca me lo pude explicar sino por un castigo de Dios... Yo no sé si fué que se me presentó en la imaginacion el caso desgraciado de mi hermano muerto en un naufragio... yo no sé si me retuvo la desconfianza de mi habilidad y destreza, ó el temor de precipitar con mi aturdimiento ó poca maña la catástrofe de su perdicion... yo no sé si el mismo golpe de aquella desgracia y el horror de aquel peligro me quitaron de pronto todo movimiento y accion, y conocimiento y sentido, que yo me quedé allí hecho una estatua de hielo, inmóvil, clavado, atónito en aquel punto, viendo aquella mujer que se ahogaba y aquel cielo y aquellos montes que se venian encima de mí, sin que yo pudiese desenlavar mis piés de la peña, como en la agonía de aquellos sueños de pesadilla, en que no podemos ni abrir los labios para pronunciar una palabra...

Entonces, señora, aquel caballero, que habia pasado de largo, y que estaba ya distante de nosotros, volvió las riendas á su caballo y la mirada de sus ojos al sitio de donde habia salido aquel grito lastimero. Púsose de dos botes en la márgen del rio, arrendó á un árbol el animal obediente, y con no vista presteza, lanzándose á los remolinos del agua, sujetó en sus poderosos brazos el cuerpo exánime de aquella infeliz, que ya se habia sumergido y vuelto á subir desde las profundidades del abismo. Sacarla á la orilla opuesta, ponerla delante de sí sobre su caballo, y alejarse apresurado para conducirla salva y recobrada á la casa de sus padres, fué accion, señora, mas fácil y mas rápida para su afortunado arrojo, que el tiempo y la amargura de contarlo para mí, sin ventura y sin honra, y ¡ay señorita mia!... desde aquel instante, sin conocimiento y sin razon...

Es verdad, señora... Yo no sé si antes ya de aquel aciago momento, durante el mareo de mi dolor y de mi espanto, habia perdido el juicio... Después en el extremo de mi vergüenza, y en la maldicion y escarnio de mi villana conducta, no es mucho que le perdiera... Di á correr por los campos desatentado y solo... No me presenté, no podia volver á presentarme en casa de mi abandonada esposa... No osé volver á la deshonrada presencia de mis padres... no tardaron en morir, asistidos de manos extrañas... Pero ¡ay! los de mi novia fueron todavía mas desventurados, y debieron de aborrecerme mas... Su hija se habia perdido...

En vano quisieron buscarle otro esposo, para borrar en su corazon la memoria de mi infamia... Habíala ella borrado de otro modo, esclavizando para siempre su albedrío...

Era natural, señorita. Aquel corazon era demasiado bueno, para que no diera su voluntad á quien le habia dado la vida... En la justa cólera y natural despecho de verse entregada por mí mismo en poder de aquel á quien antes habia resistido, era imposible, señora, que ella, abandonada y vendida, no le rindiera su hermosura y su fortaleza...

Un dia desapareció del lugar, siguiendo, dijeron, la suerte de aquel galan, que juntó á sus protestas de amor otras seducciones de mas lisonjera esperanza. Tambien sin duda, debieron desvanecerse en breve. La pobre jóven fué al parecer muy desventurada, y hubo de verse reducida á una condicion muy triste. Aquel galan cortesano debia tener otras amistades y empeños, y ella encontrar en la corte una vida de humillaciones y desdenes. Coronáronse, por último, sus amarguras con una mas lastimosa tragedia. Parece que aquel caballero pereció en una contienda ocasionada por otras aventuras, de cuyo lance, así como de su rival y matador se contaron confusas, y nunca bien averiguadas historias. De ella, en mucho tiempo, desamparada y sola, y acaso miserable, no se tuvo noticia alguna, y en vano fué que sus desesperados padres hicieran toda clase de esfuerzos para encontrarla, prometiendo á trueque de verla viva y de gozarse en su querida presencia, recibirla en el seno de su perdon, y cubrir la memoria de su disculpable extravío con la oscuridad de estas aldeas ignoradas y con el abrigo y amparo de las lágrimas y oraciones de su ternura. Oraciones, señorita, que fueron oídas... lágrimas que aplacaron la cólera divina... Un dia volvió á estos campos. Un señor muy bueno, muy santo, muy sabio, muy caritativo, muy querido de todos; muy bendecido de Dios, muy favorecedor de los pobres, muy desgraciado sin duda en la tierra, muy ganador del cielo (ya sabe Vd. de quién hablo, señorita), la habia servido de refugio, de guia, de consuelo, y la volvió á la casa de sus padres... ¡Ay, señorita!... volvió viva, sí... todavía hermosa... sin duda arrepentida... no sé si consolada; pero padecida y moribunda... ¡Ay!... Recé Vd. por ella... y no quiera Vd... no consienta usted que yo diga nada mas...

— ¿Y tú, Pablo?... ¿Qué habias hecho en tanto? preguntó después de algunos instantes Sofia, viendo que aquel hombre habia echado completamente en olvido su propia persona, abismado en tan triste memoria.

— Yo, señora, replicó el Triste, como vuelto impensada y bruscamente á la atencion de una cosa poco importante... Yo lo habia perdido todo: padres, honra, razon, hacienda y casa... Por eso habia conservado la existencia... La locura impidió que me quitara yo la vida... la compasion de mi estado, que no me diera alguien la muerte... Primero trataron de prenderme como

reo de haber atentado contra mi novia en un arrebatado de celos. Luego no me creyeron digno de tanta honra... Hecho el escarnio y la befa de todos, solo la enajenacion de mi entendimiento pudo apartarme del extremo de la desesperacion, y no abandoné estos campos donde era objeto de horror y desprecio, como no habia dejado esta ribera cuando mi novia se moria. Clavábame en derredor de su morada la maldicion de Dios, como habia clavado mis piés entre las grietas de esta peña...

Desde el primer momento habia sido mi tema vagar por las playas del mar ó por la ribera del rio y echarme al agua siempre que sucedia algun peligro. Pero como me tenian por demente, nadie se liaba de mis auxilios; antes bien me apartaban del sitio, ó me auxiliaban á mí mismo, recelosos de que la perturbacion de mi entendimiento me ocasionara la muerte.

En este estado de compasion irrisoria y de universal lastimoso desprecio, sustentado de la caridad pública y hecho casi objeto de supersticioso terror, sorprendiome una noche como esta á orilla de este precipicio; y la vista de este lugar pareció volverme completamente al conocimiento verdadero de mi triste estado y á la representacion vivisima del caso que aquí habia sucedido. Yo creí ver de nuevo alzarse de pié sobre ese abismo aquella mi desgraciada compañera... No he podido saber jamás, señora, si de verdad la ví, ó solamente en el delirio de mi imaginacion turbada; pero yo la miré distintamente caer al agua, solo que ni voz ni grito salia entonces de sus labios... Arrojáme en el instante tras de su sombra, pero con tal violencia y tal arrebatado de desesperado frenesí, que indudablemente hubiera perecido sin el auxilio impensado y milagroso de aquel mismo señor, que habia sido el amparo y segundo padre de mi desventurada víctima... Cuando volví en mi conocimiento halléme en la habitacion de mi bienhechor, asistido de sus criados, recobrado con sus auxilios, y lo que es mas, señora, vuelto á la cabal razon y comprendiendo la cantidad de los consuelos que se me prodigaban... A aquel señor debí que al recobrar mi entendimiento, no me abandonara á la desesperacion; y si no pudo dominar mis malos pensamientos por el amor, ya imposible, de mi triste vida, me obligó á sufrir con pleno conocimiento la vergüenza de mi desprecio y la condicion de mi pobreza, con el amor santo de Dios y con el temor del infierno...

Desde aquel momento, señorita, y desde aquel dia, Pablo el Loco ha sido Pablo el Triste... Me humillé, no me abaté... No me quedaba hogar ni albergue; fui de la familia de los que viven al amparo del cielo... En la casa de aquella mujer no podia volver á entrar nunca... alguna vez llegué á rezar á sus puertas... Ya rezaré aquí... En la casa que fué mia, todo se habia perdido en mi demencia, todo habia pasado á ser cultivado por otras manos... Pero Dios ha tenido compasion de mi humildad y de mi atribulada miseria... Desde ese dia los hombres no me han negado su palabra ni su salud; y aunque huyo de importunarlos con mi compañía, no se niegan á admitir la cooperacion de mis trabajos y de recompensar con caridad y hasta con largueza y alabanza mis escasos servicios. Vivo como Vd. me ha visto, de mandados; ayudo á los marineros á construir sus barcos y recomponer sus jábeas y aparejos. Cuido de las fiestas de iglesias en las aldeas, y sobre todo, de sus entierros y funerales. De aquellos á quienes sirvo de dia admito, humilde y agradecido, la voluntaria retribucion; pero las noches son mi limosna y mi penitencia, porque se las doy á Dios, y á los pobres, y á mi pena...

Paseo por estos campos y rezo... Acecho la ocasion de servir á algun infeliz en un trabajo, de socorrer algun menesteroso, de auxiliar á algun caminante extraviado en un peligro... Sobre todo, señorita, cuando hay tormentas y ocasiones de naufragio en la ribera del mar, Dios ha sido bastante misericordioso con mi desventura, para concederme el galardón de haber salvado ya mas de una vida. Por eso, señora, no hay barraca de pescador en que no pueda pasar la noche, ni ático de iglesia en que me falte una guarida; y donde no, ahí están los criados de Valle-de-flores y de la madre Irene, y los del señor don Javier, y tambien los de Vd., señorita mia, que no dejarán nunca sin una cama de hoja de maiz la noche desamparada de Pablo el Triste...

Pero ¡ay, señora!... Que Dios, al cuidar de mi vida, me ha dejado toda la amargura de mi pena y el desconsuelo de esa tristeza sin fin que llevo en el alma. Las necesidades de mi existencia están demasadamente provistas; pero la divina justicia no ha querido aliviar la memoria de tanto dolor, y el remordimiento y pesar de tanto daño... Héme acomodado á mi vergüenza, castigo harto ligero de mi cobardía; pero tantas oraciones y lágrimas como dia y noche por esos campos he vertido, y por las tarimas de esas iglesias he levantado á Dios, no han bastado para el remedio y restitution del irreparable mal que por mi causa ha venido...

No me ha bastado, señorita mia, que ningun dia diez del mes haya venido á rezar sobre esta peña desde el anohecer hasta la mañana... ¡Ay! fué preciso venir esta noche á clavar aquí esta cruz... señal de agonía y de muerte sobre la tierra... Que sea señal de salvacion y de gloria en el cielo... ¡Y señal de expiacion y de llanto para mí, hasta que á sus piés consuma llorando mi vida!...

Y diciendo así, volvía á prosternar la frente contra la tierra y á mesar sus cabellos, y luego besaba con desahucamiento de lágrimas aquel madero misterioso, que estrechaba fuertemente contra su corazon...

También Sofía lloraba en silencio; también sentía ahogarse su pecho con una aflicción de pena y con una sensación de vergüenza, que le hacía comprender duplicada la amargura de aquel desconsuelo. En la desgracia de aquel corazón rústico, penitente y humilde, quiso un momento contemplar la suya, como se mira al rostro en el remanso de un arroyo; pero al comparar su espíritu con el que revelaba tan oscura tragedia, avergonzose con horror de haber dado tanta importancia a las miserias de su vida, y humillábase de encontrar tan pobres y tan hondamente caídas las fuerzas de su alma.

Allí estaba un hombre que tenía el valor de vivir... faltábale apurar del todo, aunque fuera con artificio y sorpresa, la última palabra de la lastimosa catástrofe; faltábale averiguar con evidencia, aunque harlo claramente lo comprendía, si la mujer de quien aquella historia se contaba, había sentido lo bastante para que el dolor, y no la impaciente propia mano, abreviara sus días.

—Y qué, pobre Pablo, le dijo Sofía, cuando el Triste pareció no tener otra cosa que contarle... ¿Arrojóse alguna persona a la muerte de ese abismo para que tú le pongas ahí una cruz, en señal de su fin desastroso?...

— ¡Señorita! exclamó Pablo con un movimiento de horror como el que produjera en él la sospecha de un sacrilegio. A los que se arrojan a la muerte desesperados no se les ponen cruces ni se les entierra en sagrado... La cruz de la muerte... (aquel Señor lo dice...) es la señal de haberla sabido llevar en la vida... La persona por quien he puesto esta, murió abrazada con la suya... estaba en gracia de Dios... le podré rezar todas las noches...

— Es decir, Pablo, replicó Sofía, que si yo me arrojará desde esa peña, a mí no me pondrías una cruz...

— ¡Arrojarse Vd. de esa peña!... dijo aquel hombre, santiguándose y clavando en Sofía sus ojos espantados. Eso no puede ser, señorita... Eso no podría ser... ¡Oh! no... porque yo le aseguro a Vd... (y dijo estas palabras con un arranque de solemne y pausada energía...) Yo le prometo a Vd., por esta cruz que representa la sangre de nuestro Dios y la sangre de mis venas, que el que no tuvo valor de hombre para libertar una vida, tendría la caridad de un cristiano para salvar un alma...

— Es decir, contestó Sofía, que si yo me arrojará a ese abismo, habría un alma que me salvara... Y ese hombre serías tú, pobre Pablo...

Y los ojos de Sofía rompieron al decir esto en copiosísimo llanto.

El Triste no podía comprender toda la amargura de estas lágrimas; pero las virtudes suplen por los talentos... la religión y la piedad saben más que el genio...

— Yo no, señorita... replicó Pablo con una inspiración de sublime humildad... A mí no me sería dado tomar en mis brazos a mi noble señora, ni aun para salvarle la vida... No lo permitiría Dios, cuando está entre nosotros el protector de todo desvalido, el salvador de todo naufrago... ¡Ah!... lo sabía yo... no podía estar lejos... Aquí viene, señorita.

Y era así... Era Javier el que aparecía... Pablo el Triste había podido verle llegar de frente... había dejado el pie de la cruz para salir a su encuentro; y haciendo una profunda y respetuosa reverencia, cruzó con él en voz baja algunas breves frases, y se retiró como una sombra por entre las ramas... Sofía vuelta de improviso, hizo primero un movimiento de terror; y alzóse en pie despavorida, como si hubiera visto la aparición de un espectro, como si hubiera sentido el frenesí de su exaltación primera... Pero en seguida y como reprimiéndose por una inspiración de reposada dignidad, miró de hito en hito a aquel hombre, y quedóse fija en él por espacio de dos ó tres minutos con la contemplación intensa de quien quiere distinguir la realidad de lo que se tuvo mucho tiempo por fantasía; como la que quiere darse cuenta segura de que tiene delante de sí al genio de su fatalidad y de su destino...

No podía caberle duda... Entonces con una expresión singularmente tranquila, echando atrás el rebozo de su mantilla, sondeó con una mirada de imperioso desden toda la altura y profundidad del precipicio... Acercóse en esto Javier ó hizo ademán de extender su brazo; pero ella deteniendo su movimiento y cogiendo con la diestra vigorosamente su mano, mientras que con la izquierda se asía al tronco de la cruz.

— ¿Qué vas a hacer?... ¿Qué has venido a hacer aquí? le preguntó con reposada arrogancia...

— A salvarte, a pesar tuyo y en nombre de Dios, Sofía... respondió aquel hombre...

— ¡A salvarme! replicó la joven solemnemente, pero con la tristeza de una amarguísima ironía... ¡A salvarme!... Gracias, Javier... has llegado muy tarde... Si no has venido más que para salvarme la vida... fué bastante un criado tuyo...

— Yo no venía para tí, Sofía, la respondió severamente aquel hombre... Venía para salvar la vida de ese que llamas mi criado y que juzgué en peligro... Porque te encuentro a tí en su lugar es por lo que reconozco que Dios me envía...

— También pudiera depararte el infierno para destruir su obra, replicó aquella mujer en el arranque impetuoso de un movimiento de ira... Pero de improviso reprimió su aliento, interrumpió su frase y reventó a llorar en altos sollozos... Luego, de pronto, limpiándose los ojos como avergonzada, volvió a quedarse mirando tristemente y de hito en hito a Javier y siguió

estrechando, distraída y maquinalmente en la suya, la mano de aquel hombre, a su vez inmóvil, impassible, observador y silencioso.

## III.

Era imposible que Sofía dejara de hablar a Javier... Era imposible que las condiciones de reserva y delicadeza ó cautela que median entre dos personas extrañas, subsistieran ni por un solo instante en la rara situación a que los había traído, uno enfrente del otro la fatalidad de su destino. Estaba escrito que sus conversaciones, como sus encuentros, hubieran de revestir un carácter excepcional y extraordinario.

Había pasado la primera en el vértigo y confusión de un baile de máscaras, con la libertad de la careta, con el desenfado del incógnito. Había sido la segunda, sin conciencia de realidad, en el sonambulismo de una delirante calentura.

La entrevista de la presente noche, extraordinario apéndice de otras más aciagas y sombrías, empezaba bajo más singulares auspicios y en disposiciones de ánimo más originales y extrañas. Era menester arrosarlas ó haberse lanzado al abismo. Era menester estar poseído de tanta energía de desesperación como para arrojarle a la muerte, ó armarse en este trance de tan animoso sufrimiento como para haberse resignado a la vida...

Sofía lo comprendió... Sofía halló en su dignidad este valor... halló en su informe esta tranquilidad. Por eso el tono suave con que había dicho sus primeras palabras hacía raro contraste con la dureza de su concepto.

Por eso tras aquel ímpetu instintivo de turbación y contrariedad, natural tributo pagado a la femenil flaqueza, se había entregado a un movimiento de llanto, obedeciendo a una necesidad física, sin que se descubriera en su actitud ni manifestación de asombro ni síntoma alguno de sobresalto. Sofía no se presentaba con los caracteres del delirio, ni con el arrebato de la cólera, ni con la impudencia del despecho, ni con la vehemencia febril de la enfermedad.

Las visiones, los delirios habían desaparecido; en su espíritu predominaba un conocimiento claro positivo de su destino; en su actitud se revelaba la aceptación sumisa de la fatalidad y de la desgracia; en el abandono de su dolor una serenidad sombría y una franqueza humilde, que alejaba de su ademan toda señal de afectación, y de sus propósitos toda precaución de artificio, todo miramiento de desconfianza.

La gravedad de su situación no podía ir más adelante, ni como sentimiento ni como desventura. Era una tremenda alternativa ó una desesperación horrible; ¿cómo la había de disfrazar? ¿Por qué la había de desmentir?... ¡Ay! en todo caso, era a sí misma y a su propia conciencia a quien hubiera querido tener medios de encubrirlo ó de esconderla.

Pero este propósito sería una nueva ficción, y harlo ha peleado con fantasmas. Ahora está bajo el imperio de la verdad. Quiere verla clara, representársela fiel, familiarizarse con su aspecto, asegurarse, detenerse, enseñorearse, poseerse de su evidencia. Es su desventura, pero es el único patrimonio de su corazón; es cuanto le queda de vida y de alma, si ha de resignarse a permanecer sobre la tierra. Esta verdad, que es una pasión; esta vida, que es un infortunio, quiere pesarla y medirla; pudiera decirse que quiere entregarse al tormento de paladearla como a un alimento amargo, que ha de ser por mucho tiempo su manjar de sustento. Pudiera pensarse que no la había visto hasta entonces; que no la había creído; que ahora la reconoce, la examina, la toca con sus manos, y se la arrima al corazón, como se toca y se estrecha al hijo desconocido, que no se ha visto en mucho tiempo...

¿Qué vale que aquel hombre esté allí?... ¿Qué miramientos ni qué consideraciones debe guardarle?... ¿Qué le importa que él se crea por su confesión, con títulos ó derechos?... Sería la pertenencia de la víctima al asesino, del sentenciado al verdugo. Así pudiera creer que era suyo un cadáver que arrojará a sus plantas el río... No... Disimularle su desgracia, sería atenuarle el mal que le ha hecho... No lo pretende, no se lo merece. Ni jactancia, ni cólera, ni humildad hipócrita, ni impudente desdoro.

Es la segunda vez que le ve. ¿Qué importa? Tiene con él la intimidad de la larga vida que ha pasado con su memoria. No recordársela sería una impostura. En tratarle como a un desconocido, habría algo del indiferentismo repugnante de la cortesana. El verdadero pudor, la verdadera delicadeza está en soportar dignamente el peso de su situación. El decoro de sus palabras en ocasión tan solemne, no puede ser otra cosa que la confesión verídica, dolorida y amarga, pero tierna y vehemente, de todo su amor y de todos sus dolores...

Aquel hombre, de quien en otro tiempo le habían dicho que causaba tantas desventuras, a quien después repetidamente había oído llamar ángel de los beneficios y de los consuelos, osaba presentarse a sus ojos y atajar sus pasos con la arrogante pretensión de arrebatarla al abismo y salvarla del precipicio... Si era un hipócrita, era necesario desenmascararle; si era un iluso, debía hacerle conocer la realidad.

Era menester que supiera que el precipicio de una peña y el abismo de un río rebalsado eran mezquinos accidentes de dolor y de peligro, que no valían la impor-

tancia de una misión salvadora. El precipicio por don de se había despeñado la pobre Sofía, el abismo en que se encontraba hundida, eran la conducta, el misterio, la fatalidad, el destino de aquella sombra siniestra, que se le presentaba todavía como un genio tutelar, cuando ella tenía derecho a mirarle como una aparición de muerte, como una visión aciaga de condenación y espanto.

Sin embargo, no quiso, no pudo, no convenía, ni a la solemnidad de su dolor, ni a la delicadeza de su corazón, ser con aquel hombre dura y parecer irritada. Del mal que le había hecho ella era la cómplice; de los riesgos del precipicio, de la profundidad del abismo había sido advertida.

De fascinación podría quejarse; de seducción, no. Javier en esta hora como en el primer instante que hacía él había levantado sus ojos, tenía que ser por ella mirado, no como un ángel ni como una furia, sino como un problema; no como un monstruo, sino como una esfinge. Aun no estaba descifrada la primera palabra que se habían dicho. Al pie de aquella cruz y al borde de aquel abismo aun podía ella preguntarle, como dos años antes a la entrada del salón de Villahermosa... ¿Es esta para los dos la última noche del mundo?...

Solo que ahora esta pregunta envuelve una declaración más triste para su delicadeza, más comprometida para su dignidad. Al demandar a Javier la resolución del problema de su misión, tenía que revelarle el pavoroso arcano de su existencia.

Al pedirle los títulos que se abrogaba sobre la salvación de su vida, no podía dejar de declararle que su vida era él, y su existencia su amor, y su tormento y su desesperación y su crimen, la pasión irracional é inextinguible que por él había concebido, y que en todo aquel tiempo de desesperada memoria había en sus entrañas alimentado.

(Se continuará.)

## Plano del bosque de Vincennes.

En otras ocasiones hemos hablado a nuestros lectores de los embellecimientos que se habían hecho en el bosque de Vincennes, que se ha convertido en un paseo no menos hermoso y lleno de atractivos que el del bosque de Boulogne, y por esta razón no insistiremos hoy en la materia. Hoy es distinto nuestro objeto; es el de presentar uno de los sitios de las afueras de la capital, llamado naturalmente a contribuir a la defensa.

No haremos una descripción detallada, porque nuestro plano explica suficientemente todas las posiciones; pero sí daremos algunas indicaciones históricas que nos parecen tan interesantes como oportunas.

El castillo ó fortaleza se elevó por los años de 1333 y allí habitaron distintos reyes. En el siglo XVII apenas quedaba más que el torreón y las torres; pero Mazarino reedificó el castillo con arreglo a los planos del arquitecto Leveau. La puerta que caía al parque era un arco de triunfo de soberbia arquitectura. El cardenal murió en el castillo de Vincennes el 9 de marzo de 1661.

Luis XV en su niñez habitó la parte situada entre el torreón y la fachada del parque. En el día no queda nada de la obra de Leveau. La capilla, objeto de curiosidad muy interesante, fué edificada por Francisco I y Enrique II.

Partiendo de la cara meridional del castillo, hacia el sudeste, se encuentra una pirámide que recuerda el plantío de la parte del bosque (1731) que fué arrebatado por un huracán y el ensanche que entonces recibió el parque por el lado de Saint-Maur.

Al Este y casi a la orilla del bosque dos nombres conservan el recuerdo de los amores de los dos reyes Carlos VII y Enrique IV. En el parque de Beauté se elevaba en el siglo XIV un castillo designado con el nombre del parque a causa de la belleza de los lugares; allí murió Carlos V en 1380. Su nieto Carlos VII le regaló a Inés Sorel, llamada *dame de Beauvé*, sobre nombre que justificó doblemente. La torre cuadrada y una porción de la bóveda subterránea del castillo subsistieron hasta principios del siglo XVII.

Otra dama de galante memoria, Gabriela de Estrées, tuvo también un castillo más arriba de Charenton. Enrique IV la visitaba a menudo, y es de creer que los dos amantes se paseaban por los lugares en donde hoy está el camino de la Bella Gabriela.

La parte occidental del paseo no tiene tantos recuerdos. Era el sitio más espeso del bosque y estaba infestado de lobos que han desaparecido hace un par de siglos.

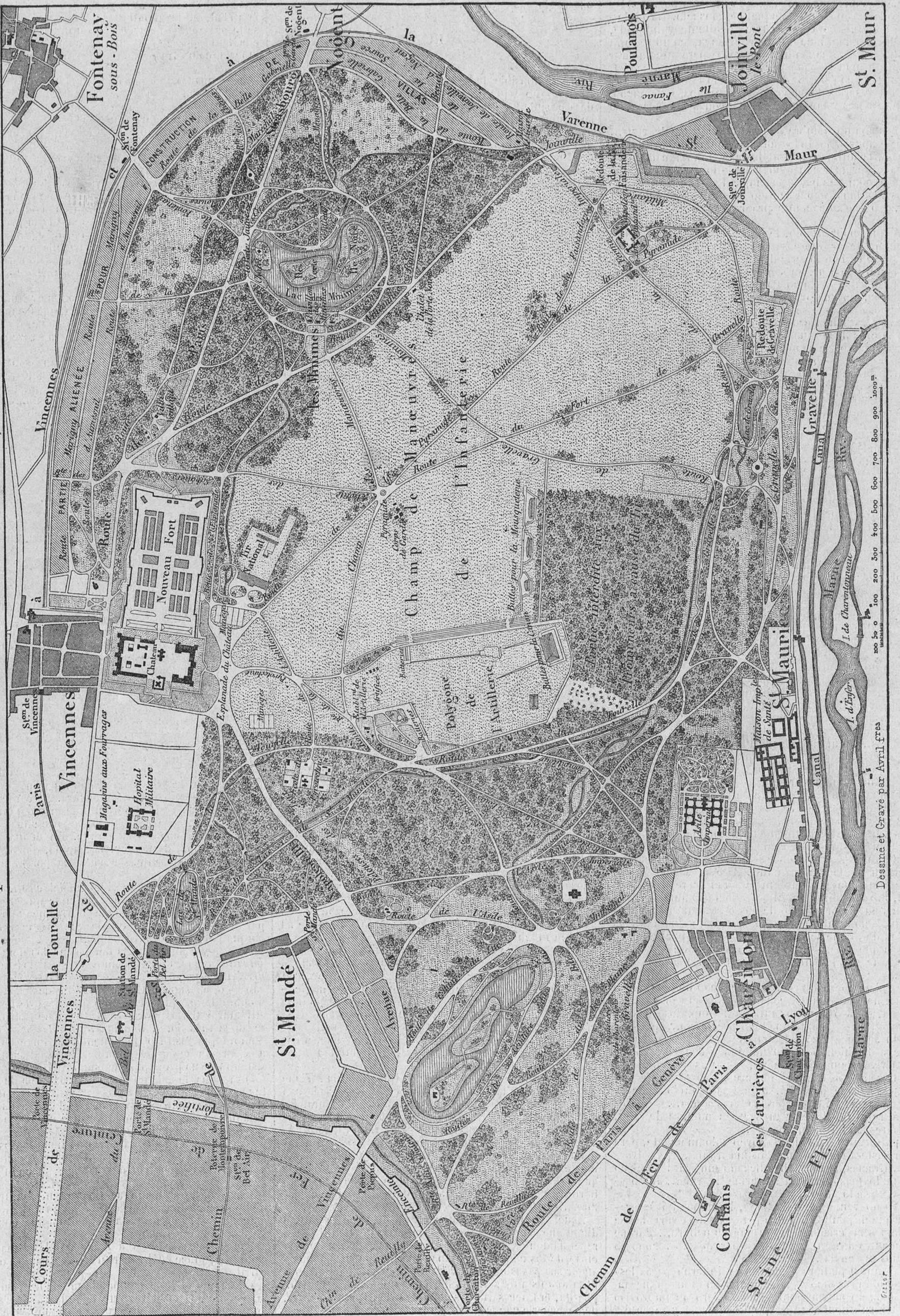
Por el Oeste se distingue Charenton. Durante largo tiempo Charenton fué un centro de protestantes. ¿Qué coincidencia! Por ahí pasa el camino que conduce de París a Ginebra (Geneve).

Por el Norte se llega a Saint-Mandé y más allá el camino conduce en línea recta a la estación del ferrocarril.

En cuanto al gran campo de maniobras, son los establecimientos militares que le rodean, que sobresalen en el plano, no hay más que echar una ojeada para comprender toda su importancia en las circunstancias presentes.

# PLAN DU BOIS DE VINCENNES

Comprenant les embellissements executes ou en cours d'exécution



Dessiné et Gravé par Avril freres

DEFENSA DE PARIS. — Plano del bosque de Vincennes.